

En la Roma de principios de los 70, la guerra por el control de los bajos fondos no ha hecho más que empezar. La ciudad está en juego y el Libanés quiere ser su único rey.

GIANCARLO DE CATALDO

ROMA CRIMINAL



rocaeditorial • criminal

rocaeditorial

Roma criminal

Giancarlo De Cataldo

Traducción de Pilar González



Rocaeditorial

Título original: *Io sono il Libanese*

© Giancarlo De Cataldo, 2012

Primera edición en este formato: febrero de 2014

© de la traducción: Pilar González

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

info@rocaebooks.com

www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-9918-784-6

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

ROMA CRIMINAL

Giancarlo De Cataldo

Roma, a principios de los años setenta. Petro Proietti, el inolvidable Libanés protagonista de *Una novela criminal*, tiene veinticinco años y está en la cárcel. Todavía es un niño de la calle, pero ya empieza a pergeñar su gran plan: convertirse en el rey de la Roma oculta. Junto con él, nos reencontramos con el Dandi, el Búfalo y el Esqueleto. Y también con Giada, su amor, una chica de buena familia, con la que el Libanés tendrá una relación de continuos altibajos.

Mientras estaba en la cárcel, y después de intervenir en una pelea a favor del sobrino del jefe de la Camorra, se acerca a esta organización y empieza a aprender cómo funciona, su estructura y organización. Pero el Libanés no quiere formar parte de esa familia. Él no es siervo de nadie.

«La vida es todo o nada»: el Libanés lo sabe, porque la calle ha sido su escuela. Y gracias a la calle, también ha aprendido que un verdadero guerrero siempre se levanta, todas y cada una de las veces que cae.

ACERCA DEL AUTOR

Giancarlo De Cataldo (Taranto, Italia, 1956) es juez del Tribunal Penal de Roma, ciudad en la que vive desde 1973. Narrador, traductor, dramaturgo y guionista, es autor de numerosas obras entre las que destaca *Una novela criminal*, en la que revisitó el pasado reciente de Italia a través de la banda de la Magliana para ofrecernos una visión secreta e inquietante de la historia de su país. La obra fue galardonada en 2003 con el Premio Giorgio Scerbanenco de novela negra. Además, De Cataldo participó en la confección del guion de la adaptación al cine de *Una novela criminal* (dirigida por Michele Placido en 2005), que recibió, entre otros, el Premio Donatello 2006 al mejor guion. El autor también es guionista de la película televisiva *Paolo Borsellino* y su primera novela, *Nero come il cuore* se convirtió en una película interpretada por Giancarlo Giannini y dirigida por Maurizio Ponzi. El autor colabora igualmente en medios escritos italianos como *La Gazzetta del Mezzogiorno*, *Il Messaggero*, *Il Nuovo*, *Paese sera* o la revista *Hot!*

ACERCA DE LA OBRA

«Es evidente que la temática de la novela es el resultado del trabajo de un autor que cree en la ley y en la posibilidad de cambiar el mundo.»

LA REPUBBLICA

«El Libanés es un héroe pasoliniano, un chico de barrio que nunca correrá el riesgo de ser arrastrado por la corriente de la sociedad más común. [...] La nota general de todo el universo de la Magliana (novela, película, serie de TV) es de sobresaliente *cum laude*. La nota para *Roma criminal* es un poco inferior, porque se hace muy corta.»

IL CORRIERE DELLA SERA

«Giancarlo De Cataldo recupera los ingredientes que le llevaron al éxito, y no nos cuesta creer que esta novela también gustará mucho.»

PANORAMA

Roma, octubre de 1976

*E*staba apoyado en el muro donde daba el sol de media mañana y fumaba con el aire indolente de quien se siente en la cárcel como en casa.

La pelea comenzó en el lado opuesto del patio. No se precipitó para curiosear. No se refugió en su celda para evitar problemas. No era asunto suyo.

Acudieron algunos guardias agitando las porras. Se propagó un sonido agudo de sirenas. Siguió donde estaba, indiferente a todo, inmerso en sueños que el tiempo, sarcástico, iba desgastando.

Pero el muchacho cubierto de sangre cayó a sus pies entre lamentos, y el armario humano que lo perseguía levantó el trozo de hojalata afilado y se preparó para asestarle el golpe de gracia.

Reconoció al chico. Comprendió que la suerte le estaba ofreciendo una gran ocasión, quizá la última, y con un movimiento fulminante detuvo a

media altura el brazo del agresor.

El otro miró asombrado a aquel joven robusto, sombrío, no muy alto, con la cara enmarcada por una barba descuidada, los ojos fríos. Después trató de alcanzarlo con un rodillazo.

Intento fallido.

Él sabía arreglárselas bien, con las manos desnudas y con el cuchillo. Desde niño había aprendido de una maestra que no perdona: la calle. Ahí, donde te miran e inmediatamente saben si eres cordero o león. Si tu destino es crecer o morir.

Esquivó el golpe y devolvió un cabezazo. Entre un crujido de huesos rotos, el otro, gimiendo, se llevó las manos a la nariz y perdió el arma. Le encajó una patada en la entrepierna. El otro se desplomó. Le arrebató el trozo de hojalata y se le puso a horcajadas sobre el pecho. Le apoyó la punta contra la garganta.

Cuando el otro trató de quitárselo de encima, le pinchó levemente, lo justo para que comprendiera que iba en serio.

—Pero ¿tú quién eres?

—Soy el Libanés —contestó en voz baja, casi un susurro—. Recuerda ese nombre.

Después le cayeron encima los guardias; recibió un golpe, después otro y otro, hasta que perdió el conocimiento.

Se despertó en la enfermería.

Médicos solícitos se afanaban en torno a su cabecera. El jefe de los carceleros se excusó por haberlo confundido con el malo de la película. El director lo elogió por haber salvado una valiosa vida humana.

Sonrió a todos, les hizo comprender que necesitaba reposo y lo dejaron en paz.

El Libanés tenía veinticinco años, un nombre de batalla que todavía conocían pocos, demasiado pocos, y una obsesión.

Quería convertirse en el rey de Roma.

Le habían cogido por una historia de armas y se había puesto inmediatamente manos a la obra: de la cárcel podían surgir grandes cosas.

Los camorristas dictaban las normas, los romanos agachaban la cabeza. Los romanos dormían. Su cometido: despertarlos.

Había sondeado el terreno con un camello del Tufello, un enterrador de Borgo Pio, un joven atracador de la Borghesiana y un usurero de la plaza del Fico.

Nada que hacer.

Mientras hablaba de generalidades, le escuchaban, incluso parecían interesados. Sí, es verdad, Roma ya no es la de antes..., las cosas no van bien..., ya no somos los dueños de nuestra casa..., hay que hacer algo... Pero en cuanto se atrevía a proponer algo concreto, todo eran insultos y pestes. ¿Qué? ¿Un plan? ¿Organización? Pero si ya estamos organizados. Cada uno tiene su banda y basta y sobra, que en Roma, ya se sabe, dos somos demasiados, y tres, multitud. ¿Qué se te ha metido en la cabeza, Líbano? ¿Piensas a lo grande? ¿Quieres inventarte una banda? Eso es mucho arroz para tan poco pollo..., y para pensar a lo grande ya está el Terrible. Sí, claro, cómo no.

Los romanos no formaban grupo, no eran equipo, no eran nada de nada. Y él, que los quería unidos, decididos, invencibles, era solo un soñador.

El Libanés se había sentido insignificante, invisible. Había vacilado. Pensaba seriamente en cambiar de vida, en encontrar un trabajo, una mujer.

A lo mejor eso no era para alguien nacido y criado en los callejones del Trastévere.

A lo mejor es verdad que Roma no quiere un rey porque ya no es reina de nada. Es solo una vieja cortesana cansada que chupa hasta la última gota de sangre a sus hijos jóvenes y los echa de su lado cuando se sacia.

Y entonces le había caído a los pies aquel muchacho ensangrentado. Ciro, el sobrino de Pasquale *el Milagro*, una leyenda de la camorra.

Ahora Pasquale le debía un favor, y si era, como decían, un hombre de honor, no tardaría en aparecer.

El Libanés conseguiría un apoyo en la camorra. Un modelo en quien inspirarse. Un modelo que hacer suyo para después desecharlo e inventar algo distinto. Algo que todavía no existía y que lo convertiría en rey.

Pero los días pasaban y las marcas de las

lesiones desaparecían. El Libanés vegetaba a la espera de una señal que no terminaba de llegar.

Así pues, ¿había sido todo inútil?

Al final había vuelto al punto de partida cuando, la noche en que lo devolvían a su celda, el preso recadero, un viejo superviviente de la banda del Jorobado del Quarticciolo, le hizo llegar la invitación a la cena.

Pasquale *el Milagro* se había manifestado.

II

—*P*asa, pasa, chico..., te estábamos esperando.

Arrellanado en una butaca de terciopelo rojo, el Milagro despidió con un gesto de suficiencia a un guardia e invitó al Libanés a entrar.

—Valiente. Has estado valiente.

—No he hecho nada, en serio...

—Y ahora te haces el modesto, ¡vaya!

El Milagro debía de tener cuarenta años, era bajo, rubio y empezaba a perder el pelo.

Llevaba su vida pintada en la cara demacrada, en los ojos acuosos que se encendían con relámpagos de súbita crueldad, en la cicatriz de una cuchillada que parecía cortarle la frente por el medio. Mostraba una sonrisa torcida y falsa, y una buena cantidad de dientes de oro. Estaba cubierto de tatuajes y vestía una bata roja y babuchas a la oriental. La suya no era una celda, sino algo parecido a la suite de un gran hotel, de un

verdadero hotel: además de la butaca, había allí un sofá, una cama cubierta con la bandera del Nápoles, una mesita en la que destacaba una bandeja con fruta fresca, una mozzarella enorme, botellas de vino y restos de porros.

Lo flanqueaban unos guardaespaldas, dos muchachos de la misma edad que el Libanés. Sentado en el sofá, vio al tipo al que había salvado de la furia del navajero. El Libanés lo observó con atención: era jovencísimo, se le podía confundir fácilmente con un menor.

—Este es mi sobrino Ciro. Ciro, saluda al Libanés.

Ciro se levantó con dificultad y, arrastrando la pierna herida, fue a darle la mano.

—Te has llevado mi cuchillada. Te debo un favor.

El Libanés le estrechó la mano, mientras asentía, convencido. No sabía bien qué decir, cómo comportarse. El silencio y una sonrisa educada le parecía la política más conveniente.

—Y esos son Maurizio y Ciccillo. Vamos, chicos, saludad.

Hubo más apretones de manos, más agradecimientos, más sonrisas. El Libanés seguía rígido y envarado.

—¿Quieres tomar algo? ¿Quieres liarte un canuto? ¡Venga, aprovecha, no te andes con cumplidos! Y siéntate, ponte aquí, a mi lado... ¿Por qué estás aquí dentro?

—Armas.

—¿Tuyas?

—Mías y de otros. Las guardaba.

—¿Y cuánto te daban?

—Un tanto al mes.

—¿Te declaraste culpable?

—Lo negué todo.

—¿Y qué les contaste a los maderos, a los policías?

—Yo tenía las armas en dos bolsas dentro de una *roulotte*. La *roulotte* tiene los cristales rotos. Cualquiera puede haberlas metido allí para incriminarme.

—¿Y se lo han tragado?

—No tengo antecedentes.

—Es bueno. Una ventana rota... Puede

funcionar...

Dos whiskys después, el Libanés empezó a sentirse más cómodo. En cuanto al asunto de Ciro, Pasquale le explicó que en Nápoles había algo de jaleo, más aún, para ser claros, un alboroto de mil demonios. Su superior directo, y además capo absoluto de la Nueva Camorra Organizada, Raffaele Cutolo, apodado el Profesor, había entrado en conflicto con algunos representantes de las viejas familias.

—¡Gente que no sabe comportarse en el mundo!

En resumen, era la guerra. Guerra sin cuartel en las calles y en las cárceles. Ya se había perdido la cuenta de los caídos. El acuchillamiento de Ciro era uno de tantos episodios de aquella guerra: le habían dado un arma a un sicario, un yonqui sepultado por años de cárcel al que quién sabe qué le habían prometido a cambio de acabar con aquel chico.

—Pero no ha tenido tiempo de disfrutarlo, ¡pobre desgraciado! —suspiró, teatral, el Milagro.

—Lo trasladaron a la cárcel equivocada —

precisó Ciro.

Hubo unas sonoras carcajadas que el Milagro subrayó con un escupitajo y una blasfemia: ¡para sus muertos y toda su familia de mierda! El Libanés se limitó a exhibir una media sonrisa; en el fondo, ¿qué sabía él de los códigos de los camorristas? El Milagro se recompuso.

—De todas formas, estamos en deuda contigo. No somos gente a la que le guste estar en deuda con nadie. Por lo tanto, di qué quieres y, si está dentro de nuestras posibilidades, se te dará lo que pidas.

El Libanés se tomó un tiempo para reflexionar. El asunto era delicado. Pedir significaba someterse, y el sometimiento no era nunca una buena política. No pedir significaba demostrar orgullo, y tampoco la arrogancia era una buena política. No cuando eres el más débil. Pero no había más remedio que hacer una elección. Ahora que tenía pillado a Pasquale no tenía intención alguna de soltarlo.

—¿Entonces, muchacho?

Ciro se preparaba un canuto. Los otros lo

miraban con ojos inexpresivos. Pasquale se limaba las uñas bien cuidadas, aparentemente distraído.

—Yo estoy bien así, don Pasquale..., me basta con saber que puedo enorgullecerme de su amistad.

El camorrista sonrió. El Libanés conocía aquella clase de sonrisa, ambigua, indescifrable. La conocía porque era la suya. Era otro modo de ganar tiempo para discernir si se tenía delante, como le había explicado una vez un viejo siciliano, «*pisci ppi vùgghiri o pisci ppi rústiri*», un pescado insípido o un pescado sabroso.

Después, despacio, el Milagro se levantó y le hizo un gesto para que lo imitase. Cuando se encontraron frente a frente, el napolitano lo abrazó sin reservas.

Respuesta acertada, Libanés.

III

Cuando se encontró frente a su madre en el locutorio, el Libanés sintió rabia. ¿Quién se lo había dicho? ¿Cómo lo había sabido? Para los amigos era el Evangelio que no podía molestarse a la señora Pina por ningún motivo. El abogado había recibido órdenes taxativas. La única explicación era que la noticia había circulado y, sobre eso, como acerca de tantas otras cosas, el Libanés no tenía poder. La señora Pina y él eran dos mundos distintos. Nunca había logrado que lo aceptara. Jamás había logrado explicarle que aquello en lo que se había convertido era también mérito de ella. De su resignación. No se veían a menudo, les costaba hablarse. Si él trataba de darle dinero, ella lo rechazaba. Pero ahora estaba allí. Y en sus ojos ardía, como siempre, la llama tenaz del amor materno.

Un amor inmerecido, pensaba el Libanés. Equivocado. Intercambiaron unas frases rutinarias.

Él trató de sonar tranquilizador. Después llamó al vigilante e hizo que lo sacaran de allí.

Más tarde, en el patio, tuvo que chuparse las palabras de consuelo de Pasquale *el Milagro*.

—¡Eh!, ya lo sé, con la madre es siempre demasiado... Al menos las primeras veces... Después pasa, muchacho, es todo cuestión de costumbre... Además, nosotros lo hacemos por ellas, ¿no?

Pero qué iba a saber el Milagro.

En cualquier caso, se habían hecho inseparables. Se trataban de tú. El Libanés había sido transferido a la celda contigua a la de Pasquale. Al camorrista le había caído en gracia. La amistad entre ellos sería eterna. Apreciaba al Libanés como a la luz de sus ojos. Había salvado a Ciro, que era su sobrino predilecto. Lo había criado como a un hijo. Si se lo hubieran matado ante los ojos, no se habría recuperado. Habrías dado una imagen de mierda, tradujo el Libanés, y la leyenda de Pasquale *el Milagro* se habría ido a tomar por el culo.

Si hubiese dependido de él, le confió el

Milagro, le habría tomado juramento inmediatamente.

—Pero el bautismo es una cosa que implica a todo el sistema —le explicó, con cierto pesar—, hay que seguir un trámite que no te cuento, y hacerlo desde aquí dentro es complicado. Yo espero salir pronto, con todo lo que cobra el abogado, ¡sus muertos!... Es verdad que la ley no funciona, en este jodido país... Y fuera suena una música diferente...

El Libanés simuló a su vez un educado disgusto. Prestar juramento habría significado poder usar el nombre de la familia, pero, al mismo tiempo, convertirse en siervo de la familia. Su meta era otra muy diferente: llegaría el día en que sería el Libanés quien decidiera a quién juramentar y a quién castigar. Nunca siervo, de nadie, sino solo y siempre dueño de sí mismo. Por tanto, mejor así.

Pero la escuela de la camorra funcionaba.

Pasquale le explicó la estructura de la organización, del «sistema», como decía. Le habló del origen antiguo de la camorra, que se remontaba

al tiempo de los españoles y nacía bendecida por el Señor gracias a la intervención del arcángel san Miguel, enviado a la Tierra bajo apariencia de tres caballeros mágicos, Osso, Mastrosso y Carcagnosso, a los que correspondía juramentar (¡nada menos!) a los hombres buenos y justos. Le mostró un pergamino antiguo escrito en una lengua incomprensible («es la perorata antigua, muchacho, ¡una cosa muy secreta!»), donde se recogían los estatutos principales del grupo y le desentrañó su sentido, según él, oculto. A saber: se debe obediencia al capo, 'o masto, mientras el capo se muestre digno de ello. Cuando pierde la dignidad, es el momento de sustituirlo. Mientras el Milagro se recreaba con su propio relato, al Libanés le costaba contener las bromas. Dios Padre, san Miguel, el pergamino, lo oculto... Pero ¿qué hay de divino en una banda en la que estás mientras eres débil y en la que, cuando te vuelves fuerte, ocupas el puesto del que hasta un minuto antes estaba por encima de ti? Eso no es una banda, es la ley de la calle en la versión del Terrible, una ley sin bandera y sin honor. No hay

necesidad de sacar a relucir a los santos para sentirse hijo de puta.

—A lo mejor a ti te parece algo antiguo —añadió el Milagro como si le hubiese leído el pensamiento—, pero funciona, hazme caso, funciona. Gusta a los ignorantes y les da un sentido a la vida, les hace sentirse parte de una tradición... Si has nacido como yo, en los Quartieri, lo entiendes con el instinto, muchacho...

Sin embargo, y el propio Pasquale *el Milagro* tenía que admitirlo, había cosas que no iban bien. Las familias estaban divididas. Costaba llegar a acuerdos. Los sicilianos y los calabreses iban mucho más allá. Ellos sabían lo que era el respeto.

Y aquí entraba en juego don Raffaele Cutolo. El Milagro se llevó al Libanés a su celda y le entregó un cuadernito escrito a mano.

—Estos son los pensamientos del Profesor. Tienes que conocerlos, Libanés, ¡es un gran hombre! El más grande de todos. Está entre Jesucristo y ese científico, cómo se llama, Eistain... Cuando salgamos, te lo presento. Mientras tanto, léete estos papeles.

Tumbado en su catre, el Libanés fumaba un porro tras otro leyendo y releiendo pensamientos y palabras del Profesor. Cutolo quería remodelar la camorra según el modelo mafioso. Transformar una organización horizontal en un sistema verticalista. Se había autoproclamado líder supremo. La idea de fondo no era mala, coincidía con los proyectos del Libanés. Pero el conjunto estaba cocinado en una salsilla patética como una mediocre canción napolitana. Todos aquellos rituales arcaicos no eran más que una pérdida de tiempo. En Roma no podían funcionar. En Roma tenían que ser veloces e invisibles como los gatos del Pórtico de Octavia, y astutos y despiadados como ellos. Pero todo debía tener sentido, no podía limitarse a hacer teatro. En Roma no.

El Libanés dejó caer el cuaderno y encendió la radio que le había regalado el Milagro. Mia Martini cantaba el *Minuetto*, del Califfò. El Libanés notó un pinchazo intenso en el fondo del corazón. Dio una calada al porro, después otra, con rabia. La hierba se le subió a la cabeza. Soñó. Se vio rico y poderoso. Estaba desnudo y

dominaba Roma desde una magnífica terraza llena de flores y plantas exóticas. Se asomaba a la balaustrada. Las mil luces de la ciudad se arremolinaban a sus pies. Gritó. La música terminó.

Estaba en una celda de mierda, ahí era donde estaba.

Pero no se quedaría mucho tiempo.

Luchó contra el aturdimiento que no quería abandonarlo. Alguien abrió la puerta. Aparecieron un superior pálido y Ciro, frenético.

Los siguió, atontado.

IV

Se encontró en la celda de Pasquale *el Milagro*. Ciro, Ciccillo y Maurizio afilaban largos clavos para convertirlos en punzones mortales. El superior saludó y se apartó llevándose con él a los tres granujas.

—Esta noche duermes aquí —dijo Pasquale señalando el sofá y una gruesa manta.

El Libanés se puso tenso. El camorrista soltó la carcajada.

—Muchacho, no vayas a pensar que me he vuelto marica..., es solo una medida de precaución.

Después el Milagro pronunció la palabra fatídica: motín. La cárcel estaba alborotada. Los detenidos quemaban colchones y golpeaban las rejas. Habían cogido a tres o cuatro guardias como rehenes. Dentro de un par de horas intervendrían las fuerzas especiales. Pero el motín, le explicó el Milagro, era solo una maniobra de distracción.

Había que ajustar cuentas con un infame, uno de la familia de Pignasecca. Se lo habían arrojado a los pies para crear discordia, tendría su merecido.

—Por eso, al comenzar la bronca, la reyerta, tú has pedido y obtenido del superior, un muchacho valiente, que te trasladen temporalmente a mi celda, donde te sentías más seguro y protegido. Y por supuesto...

—Podemos echar una buena partida de cartas los cinco, nosotros dos, Ciro, Ciccillo y Maurizio.

—¡Es lo que hay que hacer!

Fue una noche larga y extraña. Bebieron whisky, fumaron porros, esnifaron coca. El Libanés ganó al póker el palacio real de Caserta. Cuando no apostaban de verdad, era imbatible. Era con el dinero real con lo que tenía problemas. Por los corredores llegaban gritos lejanos, algunas explosiones. Resplandores rojizos relampagueaban en los altos ventanos.

Ciro, Ciccillo y Maurizio regresaron al amanecer, escoltados por el superior habitual. Estaban ensangrentados. Se desnudaron, entregaron la ropa manchada al guardia y fueron a

la ducha de uno en uno. Cuando volvieron, frescos y limpios, contaron que la misión estaba cumplida.

Aprovechando la ocasión, se habían cepillado, es decir, liquidado, a otro par de tipos.

—¿Infames? —preguntó el Libanés, ya plenamente lúcido.

—Un par de capullos que no se encerraron a tiempo en la celda —comentó Ciro con cinismo.

—¿Era necesario? —indagó el Libanés.

—Explícate mejor.

—Matar a esos dos. Son muertos inútiles, ¿no?

El Milagro resopló como ante un alumno terco.

—Sí, en general sí, pero a veces no hay que prescindir del muerto..., provoca miedo, ya me entiendes, parece que no sirve, pero sí sirve, vaya si sirve... Es el terror, ahí está el sentido... No tienes que verlo como un muerto de hoy, que quizás habría podido evitarse..., sino como un muerto para la eternidad... ¿Comprendes o no?

—¿Y si te cogen? Quiero decir si luego tienes que pagar precisamente por ese muerto «prescindible»... ¿Dónde está la ventaja?

—Muchacho —cortó el camorrista, con

impaciencia—, sin el muerto no hay vida.

Sofocada la revuelta, el Estado, ante los tres cadáveres empapados en sangre, recordó que era eso, el Estado, y todos fueron encerrados en sus celdas y sometidos a minuciosas investigaciones; los interrogaron una y otra vez. El Libanés se sentía seguro. Nadie le había visto cometer el menor gesto de violencia, y el director declaró que se había comportado en todo momento como un preso modelo.

Pero un joven fiscal se encabezonó y comenzó a apretarle las tuercas peligrosamente con el pretexto de los camorristas. Pretendió incluso tomarle declaración con abogado, puesto que existía la posibilidad de que lo incriminaran.

—Pero ¿qué he hecho yo, señor juez? ¡Yo estaba a lo mío! —protestó el Libanés, poniendo carita de cordero.

—Tal como yo lo veo —rebatía el fiscal con frialdad—, el motín era un montaje. La verdadera

víctima era el capo de Pignasecca, y esos dos pobres desgraciados no tenían nada que ver, se encontraron allí por casualidad y acabaron acuchillados por esos animales. Lo único que me pregunto es si usted ha sido utilizado para proporcionarles una coartada o si estaba envuelto en la organización del plan criminal. Lo que equivale a una alternativa clara entre favorecimiento y participación en homicidio. Me explico: o dos años con la condicional, dado que no tiene antecedentes, o la perpetua.

—Tal como yo lo veo —replicó el Líbano, recuperando la cara de lobo—, está diciendo usted un montón de gilipolleces.

El juez era pulcro y cuidado, arrogante, con el pelo a cepillo y gafitas redondas. Tenía la cara del funcionario cuando se pone a trabajar en serio. Tonto no era, puesto que había acertado de lleno. El Libanés terminó en aislamiento. El juez hizo que le repitiera cien veces el relato de la famosa noche, y todas las veces él siguió el juego sin vacilar. El Libanés pasó un par de noches torturándose. Bastaba con que un infame se fuese

de la lengua sobre Ciro o sobre uno de los otros dos para que el castillo se viniera abajo. Y en tal caso, ¿cómo actuar?

Una acusación de cadena perpetua no tenía fundamento, eso lo veía el Libanés por sí mismo, pero nunca se podía estar seguro del todo. La idea de confesar no se le había pasado por la cabeza ni por un momento, no formaba parte de su moral, solo pensarlo le asqueaba. Pero tampoco era lo mejor pagar por la linda cara del astutísimo Milagro.

Por otra parte, si todo iba bien, aumentaría su crédito.

Salió bien.

La burbuja se desinfló. Pese a las promesas y las amenazas, no se encontró ni a uno solo dispuesto a contar qué es lo que había pasado. La intuición del brillante investigador se quedó en salvas disparadas al viento, y al Libanés, tras presentarle disculpas, lo enviaron de vuelta a su celda. Mientras firmaba la última declaración, el juez se puso paternal.

—Usted es un joven inteligente. No malogre su

vida. Piense que le han utilizado porque le necesitaban, y no dudarían un segundo en deshacerse de usted.

—También usted es un joven inteligente, señor juez. No malgaste energías. Sermonearme a mí es perder el tiempo.

Le fastidiaba admitirlo, pero don Gafitas no estaba equivocado del todo. El Milagro lo había utilizado, lo había usado como coartada para el asesinato. Era el viejo juego de «tú-me-das-algo-a-mí». Pero las cuentas quedaban saldadas. El Libanés había salvado a Ciro, y Pasquale lo había admitido en su corte. Después le había servido de coartada y, a cambio, le había proporcionado algunas píldoras de sabiduría, sobre todo en el asunto «del muerto». Tendría que tenerlo en cuenta en el futuro. Lo que quería decir el Milagro es que en la naturaleza humana la violencia juega un papel no necesariamente racional: «a veces» hay que dar libre desahogo al instinto por el solo gusto de hacerlo, porque un exceso de control puede resultar dañino, no se puede tener siempre una caldera a presión y cerrar las espitas. Por algún

sitio tiene que salir el vapor, si no, reventará. Y cuando revienta, todos saltan por los aires, buenos y malos. Por tanto, había que evitar ese gran reventón, por eso convenían muchos pequeños estallidos programados y controlados.

Muchos muertos insignificantes.

Al día siguiente, el Milagro fue a verlo a su celda.

—Hoy sales, muchacho. Quería ser el primero en decírtelo.

El Libanés no le preguntó cómo lo había sabido. Don Pasquale siempre lo sabía todo. Y le gustaba que se supiera. Por una parte, estaba contento de la excarcelación; por otra, satisfecho de que el Libanés no hubiera cantado, lo que significaba que la elección había sido buena. El Milagro no hacía nada por nada, pero lo hacía de corazón. También en esto podía considerársele un maestro.

—¿Tienes trescientos millones, Líbano?

—¿Y si los tuviera iba a estar aquí?

—No, es que con trescientos millones te puedo meter en un negocio gordo.

—¿Cómo de gordo?

—Un barco cargado de heroína. Nos hemos asociado con sicilianos y calabreses.

—Vale, no tengo todo ese dinero.

—Una pena.

Ahí estaba el problema. Él no tenía aquel dinero. Él era un pez pequeño. No precisamente el rey de Roma. Era para darse de cabezazos contra la pared.

—¿Para cuándo es, Pasquà?

—No hay prisa, el Profesor todavía está negociando los encargos.

—Puedo tratar de encontrar el dinero.

—Vamos a hacer lo siguiente: ve a buscar a Mario *el Sardo*. Es nuestro hombre en Roma. Es un poco aprovechado, pero es un buen tipo. Dile que vas de mi parte. A ver si te puede echar una mano.

—Cuenta con ello.

VI

*E*l Dandi, el Búfalo y el Esmirriado le esperaban en el bar de Franco para rendir homenaje al amigo excarcelado.

El Dandi pidió una botella de champán.

—¡Del francés, por favor, y frío, no una de esas botellas falsas hechas en Nápoles que vendes a tus clientes, *Fra*’!

Hubo besos, abrazos, palmadas en la espalda y comentarios mordaces que subrayaban el placer de volver a verse y enmascaraban la emoción recíproca que los hombres de verdad no deben manifestar nunca.

No hubo disculpas por haberlo dejado solo en el hotel Roma.¹ Era parte de las reglas del juego: cuando uno de los muchachos cumple condena, los demás se las piran, nada de mosquear a la pasma con contactos inoportunos; si hay noticias importantes que comunicar, están las madres, los hermanos y, en último caso, los abogados.

El Libanés preguntó qué vientos soplaban en la calle.

—Vientecillos. Está todo parado —suspiró el Dandi, desconsolado.

—Por las calles de Roma hay más bofia que furcias —corroboró el Búfalo.

—Y tú, ¿qué? —preguntó el Dandi—. ¿Te han dado algún soplo mientras estabas dentro?

El Libanés se encendió un cigarrillo e hizo una pausa para reflexionar. El Dandi, el Búfalo, el Esmirriado, su gente. No podía imaginarse a tres tipos más diferentes. El Dandi era un lobo del centro histórico, un romano de mil generaciones. Había nacido en Tor di Nona y fue necesaria la fuerza pública para trasladarlo a las afueras. Seguía jurando que un día volvería a su casa como un señor. El señor del centro de Roma. Tenía debilidad por la ropa cara y por las motos de gran cilindrada, las joyas y las mujeres. Era inteligente y oportunista. Eran amigos de toda la vida y eso contaba. El Búfalo, en cambio, vivía en la zona de la avenida Marconi. Cuando le convenía, se hacía el tonto, pero era el único de todos ellos que había

estudiado; no le faltaba cerebro. Y en coraje no le iba a la zaga a nadie. Algo loco sí que estaba: en plena acción, a veces se dejaba ganar la mano, y no había ocasión en que no se metiese en problemas. El Esmirriado era pequeño y flaco. Te daba la sensación de que a la primera ráfaga de viento saldría volando como un globo. Y quizá fuera el cuchillo, que manejaba con los ojos cerrados desde niño, lo que le mantenía anclado a la Madre Tierra. Había nacido y crecido en una chabola de Torre Angela. Era generoso, no demasiado ambicioso y tampoco malo en exceso. No era un cerebro, pero su lealtad estaba fuera de cualquier duda.

—Nada interesante —respondió al fin el Libanés.

El Dandi, el Búfalo, el Esmirriado. Sus compañeros, sus hermanos, su gente. Juntos somos una fuerza —se dijo el Libanés—, pero una fuerza que todavía no ha explotado. Una fuerza apagada. Un golpe aquí, otro allá, un poco de buena vida y vuelta al tajo, a exprimirse las meninges para sortear el día siguiente. También ellos, como todos

los romanos, anárquicos, individualistas, alérgicos a la disciplina.

Lo que necesitaban era un guía, un capo.

Tenía que implicarlos en el asunto del barco de droga.

Pero a su debido tiempo. Todavía no estaban preparados.

El Búfalo y el Esmirriado propusieron una partida de billar. El Libanés declinó la invitación.

—¿Una partida de cartas? —insistió el Búfalo.

—Tengo otras preocupaciones —explicó el Libanés.

—Vamos —terció amistoso el Dandi—, déjalo en paz, ¿no? Después de este tiempo a la sombra, un hombre necesita una sola cosa...

—Bravo, Dandi, tú sí que me conoces.

Pero en los pensamientos del Libanés no había sitio para las mujeres, de momento.

En sus pensamientos estaba Mario, *el Sardo*.

Una vez despedidos los colegas, se dio una vuelta entre los que sabían. Le dijeron que Mario *el Sardo* andaba últimamente acompañado de Nembo Kid. Podría encontrarlos en unas obras en

la Laurentina.

Pero en la obra solo estaba Nembo Kid. Con el casco en la cabeza, gritaba a un par de albañiles marroquíes.

—¡Mira quién está aquí! ¡Nuestro Líbano! Eh, has sido muy fuerte allí dentro. Ni una palabra, y eso que te habrán tocado los cojones.

—Me conoces.

—Es verdad, un fastidio lo de las armas..., y me tocará encontrar otro escondrijo.

—Estoy pensando en eso. Tú, más bien..., no me has dicho que te has metido a capataz. ¿El mundo va al revés?

Nembo Kid rio con ganas. Era un hombretón alto y con manos como martillos. Se decía que el Terrible estaba a punto de convertirlo en su mano derecha. Pero Nembo Kid era un tipo justo, aunque, ateniéndose siempre al «se dice», se ocupaba un poco en exceso de sus cosas.

—Este terreno es de unos amigos sicilianos que también controlan la cooperativa que está construyendo esta obra maestra de la arquitectura popular. También hay aquí dinero del Pez Espada y

del Seco.

—¿Del Seco?

—Ese es una cabeza fina, hazme caso. Como él mueve el dinero, nadie.

—Sí, pero ¿tú qué tienes que ver con el Seco?

—También yo he invertido algo. Poca cosa, ¿eh? Cincuenta millones de liras.

Nembo había sabido hacer las cosas. Poca cosa, ¡cincuenta millones! El Libanés ocultó la envidia con una media sonrisa amable.

Nembo Kid se había encendido un cigarrillo.

—Ha surgido alguna trifulca con los obreros, ya sabes cómo son, siempre hablando de los jodidos sindicatos... En resumen, se necesitaba algo de seguridad y aquí estoy. Por cierto, si quieres trabajo...

El Libanés recorrió con la mirada las estructuras de los edificios; eran como feos Esmirriados en un terreno desnudo. Ni un solo árbol para resguardarse del bochorno. En verano estarían jodidos con el sol a plomo. Un cartel decía pomposamente: «Complejo residencial Luz de Oriente». Sí, ¡y también Noche Mágica! Antes

que terminar en un sitio como aquel, una colmena, no, peor, un hormiguero, que las abejas tienen dignidad, antes que reducirse a aquello, se pegaría un tiro. Él encargaría la construcción de su villa al mejor arquitecto de Roma. Y quizá la llenaría de cuadros de pintores famosos.

—No, trabajo no falta, gracias. Estoy buscando a Mario *el Sardo*.

Nembo Kid lo escrutó con recelo.

—¿Y por qué lo estás buscando?

El Libanés le contó una parte de la verdad. Nembo Kid estaba apenas un escalón por debajo de él en la jerarquía criminal, pero no venía al caso hacerse el misterioso. Se podían alimentar sospechas, chismorreos. Además, de un modo u otro, su relación con los camorristas pronto saldría a la luz.

—Tengo que decirle algo de parte de Pasquale *el Milagro*.

—Pues entonces creo que tendrás que esperar. Al Sardo se lo llevaron hará diez días. Está en el psiquiátrico penitenciario de Aversa.

El Libanés no movió un músculo. Era mejor

guardarse dentro la desilusión y dejarla encerrada allí.

—Bueno, un problema menos.

Se despidió de Nembo Kid y volvió al mini, que quemaba como un horno crematorio.

Encontrar aquellos malditos trescientos millones iba a ser muy muy complicado.

VII

Un par de días después, buena parte del hampa romana se dio cita en el Open Gate para celebrar la orden de expulsión de René, llamado Trescic, el último de los marselleses todavía libre tras la captura de los tres B: Berenguer, Bergamelli y Bellicini. El tal Trescic, en el proceso que había sentenciado a años de cárcel a los grandes jefes, se las había arreglado con la insuficiencia de pruebas y una orden de expulsión. Y lo celebraba al estilo de los marselleses, con una fiesta inútil y chabacana. Lo más cómico era que los marselleses llamaban a aquello «estilo». Los marselleses, que tenían una opinión tan baja de los romanos que los consideraban súbditos de una tierra de conquista. Los marselleses, que para el Libanés no eran más que viejos y grotescos gánsteres de comedia.

El Esmirriado, que había ocupado por las noches una casa popular en el Tufello, había

pillado una bronquitis aguda por la falta de calefacción, y por eso en la fiesta se presentaron tres: el Libanés, el Dandi y el Búfalo. Vigilando las puertas había un montón de gorilas. Caras desconocidas, pero de profesionales. El Dandi, que había conseguido hacerse con un elegante abrigo de pelo de camello quién sabe cómo, pasó sin problemas. El Búfalo y el Libanés, con chupa de cuero negro, fueron obligados a enseñar la invitación. Al Libanés no le gustó el gesto de suficiencia con el que el gorila le hizo la señal de que podía pasar, pero pensó que no era el momento de armar bronca. René Trescic y su fiesta no podían traérsela más al fresco. Si había decidido acompañar a sus amigos era porque, también en ese momento, estaba trabajando. Por algún sitio tenía que comenzar para conseguir aquellos trescientos.

El Libanés cogió una copa y miró a su alrededor. Luces cambiantes, música suave, parejas que se restregaban en los reservados, alegres grupos que bullían en las mesas, fulanas, gente de respeto, esposas, caballeros,

guardaespaldas, carcajadas exageradas.

Roma.

El Búfalo se llevó una botella a un rincón solitario y se entregó religiosamente a ella. No se movería hasta que le viera el fondo. Quizá también él se sintiera fuera de lugar.

El Dandi, que se sentía cómodo en cualquier parte y con cualquiera, ligó al momento con dos furcias, una rubia provocativa y una vieja bruja de Puente Milvio en cuya cama muchos chicos estupendos habían dejado lo mejor de sí.

—Líbano, esta es Ulla... A Rossella ya la conoces... Ulla, gatita, sonríe a mi amigo Líbano..., así, como una chica buena...

—No hay ambiente, Dandi.

—¡Joder! ¡Para ti nunca hay ambiente! Diviértete, ¿no? Para una vez que estamos en el corazón de Roma...

—Me parece que me voy a casa, Dandi.

—Al menos pasa a saludar al Terrible, ¿no? Ha sido amable al invitarnos...

—Eres un verdadero gilipollas.

El Dandi apartó con un empujoncito a las dos

señoras y le puso la mano en el hombro.

—Líbano, ¿se puede saber qué te pasa?

—Según tú, el Terrible ha sido amable al invitarnos... Dandi, mira a tu alrededor. Para estos viejos cabrones nosotros no somos más que unos críos.

—Eso se creen ellos, Líbano.

—¿Y qué? ¿No tienen razón? No me entiendes, ¿verdad, hermano?

—No, pero entiendo cuándo no circula el aire. Y entiendo que, si no me doy prisa, a esas dos se las tira otro. Hasta mañana, Líbano.

—Hasta mañana.

Era un alarde de fuerza, una ostentación de poder más que de cortesía. La fiesta de despedida del marsellés era solo un pretexto. El Terrible reunía a los muchachos que podían serle útiles. Habían sido invitados todos porque el Terrible contaba con ellos para adueñarse de Roma. El Terrible se fiaba de ellos. El Terrible se fiaba también de él, del Libanés. El fiel y fuerte armero. El silencioso ejecutor.

Sí, Roma esperaba un capo.

Pero no sería el Terrible, por supuesto que no. Míralo ahí: un campesino vestido de fiesta, con aquel ridículo chaleco y el pelo engominado, una camarera enjoyada por esposa y cuatro borregos sudorosos como guardaespaldas.

El Gemido. Cada vez que se lo encontraba, al Libanés le entraban ganas de vomitar. El Gemido. Medio gramo de cerebro siendo generosos. Cruzó un vago saludo con Nembo Kid y un gesto de complicidad con otro par de chicos que se estaban dando a conocer en la periferia este. No faltaban las caras nuevas. Caras jóvenes, resueltas, caras que emanaban fuerza, violencia, maldad.

El Libanés se estremecía. Si encontrase la clave para dar un orden y una disciplina a toda aquella fuerza desperdiciada...

Si encontrase aquellos trescientos...

El Terrible levantó su vaso hacia él. El Libanés le devolvió una sonrisa medio esbozada y se dio la vuelta.

Ya era suficiente, estaba de más en aquel funeral de gilipollas.

Mientras se dirigía a la salida, se tropezó con

un tipo de pelo rizado. Se miraron un instante. El otro era casi un crío, mirada penetrante, aspecto decidido, algo fastidiado. Dos de la vieja escuela habrían llegado a las manos por un choque tan casual. Nunca ceder el paso, nunca demostrar sumisión. Pero ni el Libanés ni aquel tipo tenían ganas de partirse la cara. Y, además, entre ellos fluyó una especie de entendimiento, una corriente que parecía arrastrarlos hacia una meta común. Después alguien pronunció un nombre: Frío, creyó oír el Libanés. El chico se giró, cruzó un gesto cómplice con la sombra de una mujer, volvió a mirar al Libanés, asintió, siguió su camino.

Frío. Nada mal.

VIII

*E*l Libanés se encendió un cigarrillo y lanzó una bocanada de humo a la cara del gorila que le había mirado mal. Antipatía instintiva, qué se le va a hacer.

Una visión cruzó por su mente. Se vio a sí mismo, al Búfalo, al Dandi, al Esmirriado, y también al guaperas al que llamaban Frío. Vio monos negros y pasamontañas, y cinco metralletas Skorpion, las que tanto gustaban a los terroristas. Vio a cinco cabrones sin respeto y sin piedad entrar en el local, poner a todos boca abajo, llevárselo todo y después dejar un rastro de sangre de los que no se olvidan. Vio a un grupo de desesperados que violaban todas las leyes, las de la buena gente y las de la mala, y luego imponían una única y suprema ley: la ley del Libanés.

Tiró el cigarrillo con una mueca amarga.

A trabajar, Libanés. Hay que reunir trescientos millones. Esta es tu misión, Líbano. Y no soñar

con los ojos abiertos.

Pero parece que aquella era una noche especial. Una de esas noches en que el destino te coge de la mano y, precisamente cuando has perdido la esperanza, te ofrece la mano dorada, el punto vencedor.

El gorila, el odioso, estaba hinchando de bofetadas a un jovenzuelo con aspecto atemorizado. Una chica se había agarrado al brazo del gorila. Trataba de defender al chico, quizá su amigo. El bestia se libró de ella con un manotazo.

El Libanés se le acercó, la ayudó a levantarse.

Y se encontró cara a cara con el cruce de una actriz americana y una diosa.

Unos rizos tan negros que brillaban como los relámpagos de una tormenta nocturna, cuando el cielo se divide entre el azul oscuro y el hielo que ciega, los ojos como algunos animales que iluminas por la noche con los faros, cuando has esnifado tres rayas y tienes los poderes de los superhéroes.

El Libanés pensó que nunca en su vida había visto una belleza semejante. Sintió un intenso

deseo, porque en eso tenía razón el Dandi: ¿desde cuándo no estaba con una mujer? Experimentó un oscuro sentimiento de temor.

¿Una así? Venga, Líbano, esta no es para un chico de la calle.

Pero después..., después la rabia que había acumulado en aquella estúpida velada, el odio por el Terrible y su séquito, la frustración por el tiempo que pasaba siempre igual..., todo se precipitó en un encendido arrebató de violencia.

Se arrojó sobre el gorila, lo sujetó por la espalda, lo tiró al suelo y empezó a propinarle puñetazos y patadas.

Acudieron los demás gorilas y también ellos se pusieron a pelear. Trataron de inmovilizarle los brazos, pero el Libanés se escabullía como una culebra. Trataron de destrozarlo a patadas, pero él sorteaba los golpes y parecía insensible a los pocos que lo alcanzaban, como si estuviese protegido por un escudo empuñado por una mano milagrosa.

Golpeaba por aquella diosa morena, golpeaba por su deseo de convertirse en rey.

Golpeaba porque golpear era bueno y justo.

Acudió el Búfalo. Captó la situación al vuelo y se metió en la refriega.

El Libanés era una máquina de guerra. El Libanés era el mismo dios de la guerra.

Y cuanto más daba, más crecía en su interior un placer salvaje.

Se oyó el sonido de sirenas.

Alguien había avisado a la bofia.

Tan repentinamente como había empezado, la trifulca cesó.

El Libanés y el Búfalo comprendieron que había llegado el momento de levar anclas. Tomaron direcciones opuestas y dejaron a los gorilas lamiéndose las heridas.

El Libanés estaba ya casi en la plaza de la República cuando la diosa y el chico lo alcanzaron. Él tenía la cara marcada por los golpes.

—Queríamos darte las gracias.

—De nada, de nada —murmuró el Libanés.

—Yo soy Giada —dijo ella tendiéndole la mano.

—Yo soy el Libanés —respondió estrechándose.

—¿Eres de verdad libanés?

—¿Yo? Soy del Trastévere.

Se estudiaron unos segundos. El Libanés aspiró su perfume. Un perfume como el de aquella noche, a los quince años, cuando robó en una perfumería de la vía Appia Nuova con el Dandi. El Dandi se volvió loco: ¡Aaah!, yo me vengo a vivir aquí, qué maravillosos aromas, Líbano, en nuestro barrio hace dos meses que han reventado las alcantarillas, dicen que no las arreglan porque somos ilegales..., ¿te parece justo? A mí no me parece justo, Líbano. A mí no me parece justo que todo el oro esté de un lado y toda la mierda del otro, respondió el Líbano, y se puso a llenar hasta los topes el saco de yute, mientras el Dandi reía y se cachondeaba. Pero siempre te pones a pensar durante el trabajo, siempre durante el trabajo, y al final, cuando llegó el momento de largarse, porque se acercaba la hora de la ronda y ya se oía la campanilla del guardia jurado, al final el Dandi no aparecía. Pero ¿dónde andas? ¡Joder! Aquel loco

se había metido en la bañera y chapoteaba, lleno de espuma, canturreando una canción, algo del tipo yo soy el rey de Roma: Dandi, se rio Líbano, solo te falta el patito, rey de Roma...

—Bien, entonces ya nos veremos.

—¿Qué hacíais en el Open Gate? —preguntó reteniendo la mano de ella.

—Nada. Pasábamos por casualidad. Y aquel tipo la tomó con Sandro... y todavía no entiendo por qué.

El Libanés miró al chico. Cara del centro de Roma, ojos perdidos.

—Bueno, yo una idea sí que tengo. —Sonrió socarrón, soltando la mano de Giada.

—Vale —admitió el muchacho—, queríamos pillar algo.

—¿Qué?

—Pues había uno que nos iba a traer algo para fumar.

—Yamesbón —apuntó la chica.

—Lo conozco —el Líbano suspiró—, se puede encontrar mejor..., pero cuesta caro.

—El dinero no es problema —respondió ella,

decidida.

Y te creo, pensó el Libanés, te creo, basta con mirarte... ¿Dónde has nacido, Giada? ¿En el palacio de los Príncipes? ¿En el Quirinal? ¿O bajo una rosa de diamantes?

—¿La tienes aquí..., Libanés?

—Mañana. Puedo llevártela a casa.

—Mejor quedamos en el Orchidea.

—¿Qué es? ¿Una floristería?

*Te la ricordi Lella, quella ricca, la moje de
Proietti er cravattaro...²*

La Orchidea era un local de la Suburra que prometía «música, poesía y cocina alternativa». El Libanés había conseguido del Puma un frasquito de aceite de afgano negro, lo mejor en circulación. El Puma le había advertido: No lo des por menos de uno y medio, puedes quedarte el medio, el resto es mío.

Pero el Libanés contaba con sacar al menos tres: el precio lo había fijado el perfume de su diosa.

Un perfume de riqueza.

Giada se retrasaba. El Libanés estaba delante de la tercera cerveza, escuchando por tercera vez la canción de Lella, aquella rica. Sobre el escenario improvisado había un joven estafalario con la cara larga y triste, y con poca voz. A su alrededor, una pandilla de jovenzuelos vestidos a

la última moda de la calle. Cabellos largos y sucios los chicos; largos y sensuales las chicas; largas las faldas, largas las chaquetas de ante; grandes las sonrisas y grande también la peste a humo. Los hijos de papá se divertían desafiando la ley antidroga. Un retrato de ambiente, en resumen, un local de moda para gente, como decían, «*del movimiento*».³ Será. Al Líbano le parecían todos más bien quietos, dos pasos más allá de los colocados y a un paso de los zombis. Y ya estaba bien con la tal Lella, que no se quitaba las medias...

La verdad es que no podía soportar su indiferencia. Si al menos hubieran sido hostiles... Era como si en su sitio, en la última mesa, con la espalda en la pared, un lugar estratégico para controlar la puerta y ver la entrada de la piba, era como si no fuese el Líbano, sino una de aquellas siluetas que reemplazan en el cine al verdadero actor. O el vacío. El Líbano era invisible. Le sirvió las cervezas sin ninguna gracia uno que parecía el Zorro, con bigotes y manchas de sudor en las axilas, y si había tratado de cruzar alguna

mirada, los demás inevitablemente lo habían rehuido. Sobre todo ellas, las niñas. Ya lo habían examinado, con su cazadora negra y el pecho velludo asomando por la camiseta desabrochada, y lo habían clasificado en otra tribu. Una tribu enemiga. Por eso, *raus*, eliminado. El Libanés era un fantasma, era una ausencia. Sí, pequeños cabrones, pero un fantasma hecho de rabia y fantasía.

—Perdona el retraso.

Giada se acomodó a su lado. Al Libanés le pareció aún más hermosa. Aspiró su fragancia, pensó que le habría gustado mucho encontrársela por la mañana al despertarse, y al mismo tiempo maniobró para echar un ojo, sin que ella se diera cuenta, al retazo de escote que descubría la blusa color lila.

—Ha sido por el grupo —se justificó ella.

—Vale —dijo él sin entender ni importarle.

—¿Tú perteneces a algún grupo?

—Entre nosotros se llama banda —respondió, y le ofreció un cigarrillo.

—¿Banda? ¿Eres militar? —se informó,

irónica.

—A los soldaditos no he jugado nunca —
rebatí en el mismo tono.

—Sé quién eres.

—¿Ah, sí? Pues explícamelo, que yo todavía
no lo sé.

—Eres alguien que tiene la mercancía.

El Libanés se puso rígido. ¿Eso era todo?

—Por eso estamos aquí, creo.

—Tú y yo estamos del mismo lado —susurró
ella, repentinamente seria.

—¡Cómo no!

La chica lo miró sin saber si ofenderse o
echarse a reír. El Líbano agitó la mano derecha
como para excusarse, pilló al vuelo al camarero-
Zorro y pidió... ¿Para ti una cerveza, Giada? Sí,
gracias, dos cervezas... Esta debe de estar loca.
¡Del mismo lado! Loca, guapa. Indefensa. Falta el
aire, Líbano. Los dioses por un lado, los hombres
por otro. Si bien hay quien nace entre los dioses y
hay quien logra ganarse el puesto. Lo que soñaba
el Líbano. Estaba dispuesto a todo para
conseguirlo.

Y, de repente, se preguntó si haría una excepción por una como aquella.

Así, para acabar de raíz con el curioso sentido de ternura que sentía crecerle por dentro, decidió cortar por lo sano.

—Escúchame. No tengo tiempo. ¿Me has traído el dinero?

—¡Pero qué prisas! ¿No quieres que charlemos un rato?

—Ya te lo he dicho, no tengo tiempo.

Sin embargo, acabaron en casa de ella.

Era tal como el Libanés se la había imaginado.

Piso alto con vistas a la Villa Pamphili. Moquetas y parqué, muebles caros, sofás de chintz, una chimenea con morillos dorados, cuadros en las paredes, profusión de alfombras, whisky de marcas reconocidas, cigarros cubanos. Y *jacuzzi*. La primera vez que vio uno, el Libanés lo definió como «una bañera que te dispara agua caliente directamente al culo». Fue el Dandi quien le explicó que se llamaba *jacuzzi*. Y había añadido: «Se inventa cada chorrada...».

«¿Y tú qué sabes, si en tu casa ni siquiera

tienes ducha?»

«Bueno, Líbano, pero me esfuerzo...»

—Te estás riendo, pero no sé de qué —le susurró Giada—; cuando te ríes, te vuelves casi guapo...

No río, habría querido contestar el Libanés, sueño con los ojos abiertos. Últimamente me sucede a menudo. Sueño con una casa así, hecha a medida para los dioses. Una mujer bella y complaciente, siempre bella y siempre complaciente. Una sensación suave, de calor. Un..., una vida, eso es, no me venía la palabra, una vida... ¿diferente, quizá?

*L*a primera noche no hicieron el amor.

Ella lo habría permitido, pero el Líbano quería verlo más claro. Ella lo habría permitido, pero estaba demasiado colgada. El Líbano no era de los que se aprovechan de las drogadas. Al Líbano le gustaba mirar a los ojos mientras lo hacía y le gustaba que lo miraran.

Como había previsto, le sacó tres millones a la mercancía. Le entregó dos al Puma y él se quedó con uno. Quedaron en repetir el negocio a la primera ocasión.

Pero ¿cuánto tardaría en llegar a trescientos, a ese paso? Algo podía conseguir con la custodia de las armas, a lo que podría volver en cuanto encontrase un escondite decente. Pero todavía no bastaba. Ahora no se trataba de hormiguitas que reservan una parte para el invierno. Ahora se trataba del juego a lo grande. Tenía que inventarse algo. Giada podía convertirse en una buena fuente.

Tenía que lograr que le presentara a sus amigos.

Pero no fue solo por negocios por lo que volvió a verla dos días después.

Quería saber si había sido tan dulce con él porque se había presentado con una droga tan buena. Los porros, le explicó, los porros «ensanchan el área de la consciencia», o sea, en la práctica te hacen ver la realidad de otro modo, afinan las percepciones, te hacen explorar mundos interiores que no imaginabas poseer. El Líbano se colocaba poco y de mala gana, y se le pasaba enseguida. ¿Se ha visto nunca un rey colocado? La verdad es que temía perder el control. ¿Se trataba de un límite que tendría que dejar atrás?

Eran las dos de la madrugada, hacía un viento que cortaba la cara como una cuchillada. Escasas sombras de coches bordeaban renqueantes el Tíber. En el cielo brillaban las estrellas.

Forzó con el cuchillo una cerradura ridícula y subió a pie hasta el último piso, casi para retrasar el momento del encuentro. El Libanés no era un sentimental y, sin embargo, el corazón le latía acelerado. Como antes de cada acción. Pero ¿qué

estaba pasando?

Buscaba música, embriaguez, un cuerpo perfumado.

Pero tenía miedo de admitirlo.

Por la puerta de Giada se filtraban sonidos débiles. Llamó. Una, dos, tres veces. Al principio tranquilo, después cada vez más insistente, al final tozudo, claramente cabreado. Por fin apareció a abrirle Sandro, con los ojos rojos del drogado. Vestía un jersey blanco de los hechos a mano por mamá, con trenzas. Y debajo, nada. La música era un batiburrillo incomprensible de acordes monótonos e insulsos. En el aire flotaba un tufo de droga fumada con un fondo dulzón y nauseabundo. El Libanés estuvo a punto de retroceder. El muchacho tosió, como si tratase de decirle algo y no tuviese ni fuerza ni lucidez.

—¿Qué coño pasa?

—Giada —balbució al fin Sandro—, creo..., está mal..., creo..., demasiada droga...

El Libanés lo apartó y se adentró en el piso. Giada estaba echada en un sofá. Llevaba una túnica azul celeste. Al inclinarse sobre ella, el

Libanés notó un jadeo fatigoso. Miró alrededor. El frasquito de aceite afgano estaba mediado. De un manotazo mandó por los aires un cenicero rebosante de porros consumidos.

—Pero ¿cuántos os habéis fumado, gilipollas?

Sandro se encogió de hombros, después soltó una carcajada estridente.

El Libanés le dio dos bofetadas. El chico dejó de reírse. El Libanés lo golpeó una vez más con un puñetazo, pero suave, y pasó de él. Abrió todas las ventanas. Arrancó el disco del plato y lo partió en dos. Después volvió a inclinarse sobre Giada. Empezó a sacudirla tratando de reanimarla.

Nada.

Se acordó de su primera cogorza. Tenía trece años. También aquella vez estaba con el Dandi. Habían robado una botella de whisky barato en un supermercado de Porta Furba. La llevaron a casa del Libanés y se la cepillaron. Su madre volvió a casa cuando estaban literalmente en las últimas. Los obligó a tragarse medio vaso de aceite puro. Una cosa atroz. Vomitaron hasta el alma. A la mañana siguiente estaban a la puerta de la escuela,

lavados y con ropa limpia, solo un poco pálidos. La señora Pina esperó hasta que, cuando sonó el timbre, entraron en el lúgubre edificio. Naturalmente, se largaron del patio cinco minutos más tarde. Pero su madre nunca supo nada de aquello. Desde entonces, nadie, pero nadie de nadie, lo había visto «pasado», jamás. A lo mejor aquel remedio funcionaba también con los porros. Valía la pena intentarlo: quién sabe, aceite saca aceite, ¿no?

Obligó a Giada a tragarse dos cucharadas, se la cargó al hombro y la llevó al baño. Le quitó la túnica, miró con una sonrisa paternal el suave vello negro (y también esta vez te vas de vacío, Líbano, ¿no será que te estás convirtiendo en el buen samaritano?), después abrió la ducha y se metió junto con ella bajo un chorro helado. Hasta que no empezaron las arcadas no se sintió seguro de haberlo conseguido.

Más tarde, tras haber limpiado como pudo, mientras Giada dormía, se acordó de que Sandro seguía por allí. Lo sentó en el sofá y le interrogó.

—¿Te la tiras?

—¿Qué?

—¿Te la follas?

—¿A Giada?

—No, a tu madre...

—No. Yo..., ella dice...

—¿Ella dice?

—Ella dice que le gusta uno.

La respuesta lo puso de buen humor.

—Bien. Ahora no me toques las pelotas.

Sandro no se lo hizo repetir dos veces. El Libanés cogió una butaca de terciopelo rojo y la arrastró junto a la cama donde Giada había empezado a roncar suavemente. Se sentó a su lado. Se quedó mirándola. Las palabras de Sandro le resonaban en el cerebro: dice que le gusta uno. Anotó su teléfono en un papel y lo dejó junto a una foto familiar (una mamá demasiado elegante, un papá demasiado capullo y una niña demasiado encantada: Giada), añadiendo un consejo: «¡Ve despacio, loca!».

Se fue con las primeras luces del alba. Se llevó lo que quedaba de la droga: a lo mejor conseguía revenderla y, en tal caso, respetando

absolutamente los acuerdos con el Puma, todo sería ganancia.

Cuando Giada le telefoneó, el Libanés dejó las cosas claras.

—Por la mercancía hay que pagar un extra. Digamos que por el servicio de enfermero a domicilio.

—Solo quería darte las gracias.

—¿Otra vez? Pero ¿qué pasa? ¿Es un vicio?

Fue natural volver a verse. Empezaron a quedar con regularidad. Los primeros días fue solamente sexo. La urgencia de conocerse a fondo. Ni siquiera necesitaban canutos, coca o alcohol: bastaban ellos dos. En la cama, Giada era mucho más de lo que él se hubiese atrevido a imaginar. Le enseñó a explorar su cuerpo, le reveló secretos excitantes, le abrió horizontes inéditos. El Libanés que, hasta aquel encuentro, creía saber lo que hacía feliz a una mujer, al principio se extrañó. ¡Ah! ¡Así es que a ellas también les gusta! Entonces no es que solo finjan, como las furcias.

Rápidamente estuvo a su altura. No le resultó difícil. Le gustaban las mujeres. Sentía por ellas una arcana e inevitable forma de respeto. Para entendernos, jamás en su vida había pegado a una mujer, y alguna vez había tenido que intervenir para salvar a la desgraciada de turno de las manazas de alguno de los tantos animales que infectaban la calle. Iba poco de putas, y a disgusto. No tenía nada contra aquel oficio; aunque las putas sean estúpidas y traidoras, y el chulo esté en el escalón más bajo de la jerarquía de los que saben vivir, el hombre es hombre y tiene que desfogarse. Además, tampoco circulaban tantas princesas en su ambiente. Pero poseer a una mujer pagando era de miserables. Peor que eso solo estaba la violación, cosa de enfermos. A un guerrero, si acaso, corresponde la conquista, porque así se veía el Libanés. Un guerrero. Un guerrero que un día sería rey. Y no hay rey que se respete que no tenga al lado a su legítima reina.

Giada sabía pasar en un instante de la furia a la ternura. Y la ternura era un continente gozoso. El placer de ella le procuraba algo parecido a la

felicidad. La plenitud que seguía al amor con ella calmaba su inquietud crónica. Era algo tranquilizador pero también insidioso, ¿qué sería del Libanés sin la inquietud?

Pasaron juntos la Nochevieja. El Libanés ayudó a Giada a trasladar el tocadiscos a la terraza. Con las campanadas de la medianoche, ella se puso a bailar al ritmo de la *Internacional*. ¡Pero has visto a esta!

El Libanés lio un canuto y se lo ofreció. Ella sonrió acariciándolo con ternura.

—No hace falta, Líbano. Podemos hacerlo mejor.

Dos minutos después bailaban *Lella*, su canción. El Libanés cerró los ojos. Le habría gustado mucho verse en aquel momento. Como en una película, como si fuera otro Libanés que contemplaba al de verdad, al de carne y hueso. Giada era suave y ligera mientras se apretaba contra él, y juntos revoloteaban, empujados por un viento que de golpe se había vuelto caliente y húmedo, un viento que sabía a verano repentino, a fuego, a fuerza y a juventud.

A sus pies, Roma, eterna e inmortal, encendida por los miles de bombillas de las iluminaciones, incendiada por la alegre guerra de los fuegos artificiales. Cómo le habría gustado detener para siempre aquel instante mágico para que no se perdiese, para que no muriese con él su ilusión de felicidad.

No se movieron de casa hasta el día de la Befana, el 6 de enero.

Después del amor, se encendían un cigarrillo y Giada contaba.

—A los siete años me seleccionaron para el *Zecchino d'oro*. Pasé un mes de pruebas, pero la noche de la final estaba tan excitada que acabé en la cama con un fiebrón de caballo. Y adiós escenarios.

A los siete años, el Libanés zurraba a los más pequeños para quitarles los cromos, y del *Zecchino d'oro* le daban asco aquel almíbar de melindres y trinos y aquellas vocecitas irritantes dirigidas por la batuta de un subnormal en leotardos que le marcaban el paquete. Le habría gustado partirles la cara a los niños y soñaba con

levantarles las faldas a las niñas para echar un vistazo a las braguitas; de todos modos, estaba claro que, en un sitio como ese, a un tipo como él no le habrían permitido ni siquiera acercarse.

—Mi padre es abogado. Se deja la vida por hacer que los ricos sean cada vez más ricos y, de paso, recoge las migajas. Mi madre destaca en dos campos específicos: la canasta y las enfermedades imaginarias. Se divorciaron después de una guerrilla familiar que ni el Che en Sierra Maestra. Y a mí me va de lujo: con tal de ponerme de su parte, esos dos están dispuestos a dejarse desplumar. Todo esto lo pagan ellos.

Naturalmente, ella estaba igualmente interesada en saberlo todo de él. Pero el Libanés se cerraba en banda. Cuando ella trataba de ir más al fondo, de sortear las frases secas y banales con las que él evitaba las preguntas más profundas, el Libanés se lo ponía difícil y dirigía la conversación hacia argumentos más concretos.

Porque las mujeres son algo maravilloso, pero tienen que aprender a estar en su sitio. Y Giada no quería enterarse. Cada palabra de ella no hacía

más que confirmar una verdad elemental: pertenecían a dos mundos distintos, eran diferentes, diferentes como pueden serlo un mortal y una diosa. Pero escucharla era un placer. Giada se las arreglaba muy bien con la charla. Colaboraba con una radio del *movimento* y su ambición, no demasiado secreta, era llegar algún día a ser escritora.

—A lo mejor te hago una entrevista, Líbano.

—¡Olvídate!

—Pero ¿por qué? El mundo visto desde la calle..., los colegas se volverían locos.

—Preséntamelos primero y luego hablamos.

—Primero quiero ver tu casa.

—No te gustaría —cortó él.

—Deja que yo lo decida.

—Ahora está un poco embarullada. Dentro de poco te llevaré.

Pero primero tenía que hacer desaparecer de la buhardilla la cabezota de Benito, las bayonetas y todo el resto de la morralla que a ella no le gustaría.

*H*acia mitad de enero, el Libanés dio un buen golpe en Tor di Valle. Apartó una cantidad para el fondo «operación nave de nieve» y se fue a pasear con Giada. El frío se había suavizado. El precoz atardecer estaba teñido de aquellos colores que solo la vieja meretriz de la gran cúpula te sabe regalar.

—Quiero hacerte un regalo, Giada.

—No soy fácil, Líbano.

—Pues entonces elige tú.

—De acuerdo. Lo haremos a mi modo.

Ella lo llevó a Fiorucci, una especie de bazar oriental que volvía locos a los de su cuerda, y empezó a deambular entre fulares, velas y perfumes dulzones hasta que se paró a examinar la estatuilla de un gordo con cara de elefante y un ratón entre las patas. Parecía fascinada con aquel monstruo. Enloquecida, sin duda. El Libanés, discretamente, preguntó el precio al encargado, un

tipo estrafalario con barba blanca y coleta que apestaba a marica a kilómetros.

—Cien mil.

—¿Es broma, no?

—No. Es Ganesh. El dios que quita los obstáculos y favorece las empresas.

—¿El elefante?

—Ese precisamente. Además, es el protector de los escritores y de los granujas...

Bueno, parecía hecho aposta: te allana el camino, tiene una cara simpática y, para colmo, ¡qué pareja más apropiada, la escritora y el granuja! El Libanés ya se había llevado la mano a la billetera cuando ella lo agarró del brazo y lo arrastró a la calle a toda prisa. Se ve que el elefante ya no le gustaba. Y había echado a correr, corría y reía, y el Libanés, para seguirla, se quedaba sin aliento.

—Pero ¿dónde vas, loca?

Corrieron todavía más de medio kilómetro, un eslalon gigante entre los transeúntes, que se volvían a mirarlos; algunos se reían, y era para reírse: aquella diosa morena que se deslizaba

ligera entre los puestos de un mercadillo y los turistas que fotografiaban las muchas piedras viejas de la capital, y el tipo fornido mal afeitado con cazadora de piel que la seguía, con la cara roja y desencajada por el cansancio (un poco de entrenamiento no te iría mal, ¿eh, Líbano?). Por fin, Giada se detuvo. En el Panteón, junto a un puesto de castañas asadas.

—¿No es precioso?

¡No daba crédito! ¿Qué tenía aquella loca en la mano? La estatuilla del elefante, Ganesh o como demonios se llamara.

—¡Te la has llevado!

—Eso parece.

—Te la quería regalar yo...

—No se hace así, Líbano. Lo que me gusta, me lo llevo.

¡Y encima le tocaba recibir lecciones!

—En otras palabras, Giada, la has robado.

—Exactamente.

—Robar es algo serio... —atacó el Libanés, mientras se encendía un cigarrillo.

—Y tú de eso sabes algo, ¿no?

Algo serio es algo sobre lo que no se bromea, puntualizó el Libanés, sacudiendo la cabeza. Tiene que ver con el respeto, y el respeto lo es todo para alguien de la calle. El Líbano conocía a gente que robaba por necesidad o desesperación, por pura maldad, para hacer llorar a alguno. No era tan ingenuo como para no saber que también los ricos roban, más aún: cuanto más ricos, más hijos de puta. Robar por el gusto de hacerlo se podía aceptar en una comedia, que era algo fingido, una ofensa al respeto. Una afrenta a la calle.

Giada no comprendía aquella repentina irritación. Empezó a provocarlo. El ambiente se había enrarecido. Se sentía cada vez más en una encrucijada con Giada. Consiguió ganarla sellándole los labios con un beso largo y sofocante. Terminaron entre los aplausos frenéticos de un pelotón de japoneses y, tras una reverencia cortés, volvieron al cómodo refugio de la cama.

Pero el encanto había terminado, reaparecía la inquietud de siempre y ni siquiera el sexo y la ternura bastaban ya para aplacarla.

Resistió unos días más, pero con dificultad.

Después un indignado artículo del *Messaggero* le informó de que el conocido capo camorrista Pasquale, llamado el Milagro, excarcelado por un defecto de forma, había sido enviado, con obligación de residencia, a Formia.

Estupendo, había llegado el momento de ponerse manos a la obra.

Al día siguiente, compró a un joyero que le debía favores, por un precio ridículo, un brazalete de oro con pequeños colgantes de jade.⁴ Dejó la joya en la mesilla mientras ella dormía.

Mientras caminaba en la noche, se dijo que, en el fondo, Giada no se equivocaba cuando decía que los dos estaban del mismo lado. Era cierto que había algo común entre ellos. Los dos se avergonzaban. Él, de no tener nada; ella, de tener demasiado.

Se preguntó, con cierto pesar, si volverían a verse o si la aventura terminaba en aquel preciso momento.

No veía la hora de volver a abrazar a su gente, su whisky, su coca.

Su calle.

XIII

*E*l Milagro lo recibió con todos los honores y dio muestras de agradecer la coca del Puma que el Libanés le había llevado como regalo.

—Buena. Al setenta o setenta y cinco por ciento... ¿Cómo se llama este amigo tuyo?

—Puma.

—¡Ah, sí! He oído hablar de él... ¿Y cómo andas de dinero?

—Estoy en ello, Pasquà.

—Date prisa, muchacho. El barco zarpa y no espera...

Comieron junto al mar.

Pasquale se atiborró de ostras y langosta. Le dijo que Formia le gustaba. Recibía noticias de Nápoles con facilidad y tenía una gran ventaja: era una puerta abierta a Roma.

—Tenemos que extendernos allí. Roma es una plaza interesante... Tenemos que extendernos allí, y hemos de partir de aquí, y subir poco a poco

hacia la Ciudad Eterna.

—Me parece que ya tienes un pie dentro.

—Poca cosa. Se puede hacer mejor.

Luego, Pasquale le pidió que lo acompañara a un sitio.

El Libanés se subió al llamativo Maserati azul cobalto del camorrista.

—Potencia, ¿eh? ¡Escucha, escucha cómo canta este motor! Maserati Bora, Líbano, lo mejor de lo mejor.

Bora, ¿eh? Sí que te va bien, Pasquale llamado el Milagro, es justo lo que necesita un palurdo como tú.

—¿De qué te ríes, eh? Mira que si entras en este negocio puedes sacar otros diez, es un portento.

—¡No veo la hora, Pasquale!

Toda aquella ostentación molestaba al Libanés. Para don Pasquale todo era fácil. El portento por aquí, los millones por allá, el barco de heroína... Pero el camorrista era un tipo cualquiera, igual que él, que el Libanés. Lo que le hacía diferente, lo que le hacía fuerte y poderoso era su

pertenencia a una sociedad. Mientras que el Libanés estaba solo. Solo consigo mismo y con un puñado de compañeros más desesperados que él.

Sin sociedad detrás, no eres nadie. Por eso el Libanés tenía que hacer su propia sociedad. Su sueño. Su banda.

Llegaron a un edificio a medio construir perdido en los campos de Sessa Aurunca. Delante de los pilares cubiertos de pintadas obscenas, había aparcado un todoterreno. Ciro fumaba un cigarrillo indolentemente.

Salieron del Maserati, se dieron la mano.

—¿Y Ciccillo y Maurizio?

—Dentro, con el infame.

—Vamos, Líbano, te voy a enseñar una cosa.

El infame era un chico flaco. La cara, una máscara de sangre. Lo habían atado a una silla. Ciccillo y Maurizio lo vigilaban, pistola en mano. El chico desprendía un olor terrible. El Milagro se dirigió a los lugartenientes.

—¿Ha hablado?

—No. Dice que no tiene nada que ver.

El Milagro se inclinó sobre el muchacho, que

se apartó instintivamente. El Milagro le acarició la mejilla.

—Bueno, bueno, no te hago nada. ¿Qué te crees, que me gusta todo este jaleo? Me parece que un buen chico como tú debería de estar a estas horas en su casa con la novia, limpio, afeitado, en una cama haciendo esas cosas... A ti te gusta hacer esas cosas ¿eh, Gennariè?

El chico masculló algo incomprensible. El Milagro encendió un cigarrillo y se lo ofreció. El chico aceptó.

—Pero tienes que echarme una mano. Y, en el fondo, ¿qué es lo que te he pedido? Un nombre. El nombre del infame. Tú me lo dices, yo me lo apunto, los muchachos te sueltan, te das una buena ducha y te vuelves a casa... Venga, Gennariè, vamos, hazme ese favor.

El chico se echó a llorar. El Milagro le atizó dos bofetadas en la cara. Se volvió al Libanés.

—¡Es un apestoso! Va diciendo por ahí que entre los míos hay un traidor, ¡un infame! Pero ¿sabes lo que te digo, Libanés? Que todo es palabrería. El infame es él. Me lo han mandado las

familias para..., cómo se dice, cuando quieren malmeter a uno contra otro...

—Sembrar cizaña —sugirió el Libanés.

—Eso es, justo, como yo decía. Por eso me toca los cojones. Ten.

Sin darse cuenta siquiera, el Libanés se vio con un revólver en las manos. El Milagro le sonreía. Ciccillo y Maurizio le sonreían. Ciro parecía asqueado. El chico seguía gimoteando. Era una prueba. Una prueba de fidelidad. Querían que matase a aquel desgraciado que no le había hecho nada, para considerarlo uno de los suyos. Incluso desde su punto de vista, aquel era un muerto útil. Pero el Libanés vacilaba. Nunca lo había hecho. Había estado muy cerca no pocas veces, pero nunca lo había hecho. Nunca había matado a un hombre. Y no quería matar por mandato de nadie. Ni siquiera cuando quien daba la orden era un *boss* del calibre de Pasquale *el Milagro*. Pasaban los segundos. El Libanés sudaba. El Milagro ya no sonreía. Tampoco Ciccillo y Maurizio sonreían ya. Ciro nunca había sonreído.

El chico se agitó y con sus últimas fuerzas

lanzó un grito desesperado.

—¡Hay un infame y tú sabes quién es! ¡Lo hay!

El disparo resonó seco. El chico, tras un último sobresalto, se desplomó. Ciro volvió a enfundar su semiautomática.

El Milagro lo miró con aspecto severo.

—¿Quién coño te lo ha ordenado, eh?

Ciro señaló al Libanés.

—Ese no tiene pelotas. —Después apuntó al chico muerto—. ¡Y ese me había tocado los cojones!

—¡Vamos, espabila! —suspiró Pasquale—. Haced desaparecer esta inmundicia.

Mientras Maurizio y Ciccillo se ocupaban del cadáver, el Libanés devolvió el revólver a Pasquale. Antes de morir, el chico había clavado sus ojos desesperados de condenado en Ciro. ¿Quería decirle algo? El Libanés no podía saberlo, pero toda aquella historia no le gustaba. Los camorristas no le gustaban. Consideraban Roma como tierra de conquista, igual que los marseleses. Las cosas tenían que cambiar. Nadie más debía dar órdenes.

Pasquale y el Libanés se estrecharon las manos.

—No te enfades, Libanés. Ciro es todavía un muchacho y ya se sabe cómo son los muchachos, impulsivos... Yo sé que tú entiendes, ¡joder! Toma este dinero, vamos.

El Libanés le habló sin tapujos.

—¡Esto es una complicación, Pasquà! Roma no es como Nápoles. En Roma solo hay calles cerradas. La verdad es que...

—¡La verdad! —El camorrista rio, socarrón—. La verdad es que a ti te gusta mandar, Líbano. Pero para mandar tienes que aprender primero a servir. Si quieres subir, debes aprender primero a someterte. ¿Quién es el jefe en Roma?

—¿Has oído hablar del Terrible?

—¡Cómo no! Pero si ese es el jefe, estáis realmente mal.

—Pues es él.

—Y tú tienes que sacar de él lo que necesitas, muchacho...

*E*l Dandi, el Búfalo y el Esmirriado estaban preocupados.

El Libanés había desaparecido completamente de la circulación.

No había vuelto al trullo, porque lo habrían sabido. No había cometido ninguna locura, porque no se comentaba nada. No estaba en la clandestinidad, porque del Hotel de los Buenos Hijos había salido limpio y perfumado como un bebé.

¿Entonces?

Trataron de preguntarle a la señora Pina, pero ella ni siquiera les abrió la puerta de su casa. Y, ante la insistencia del Dandi, respondió que si no se largaban inmediatamente llamaría a la policía.

El Búfalo, que todavía recordaba la bronca del Open Gate, se empeñó en que los gorilas lo habían eliminado por venganza. El Dandi se carcajeó: ¿Quiénes, aquellos? ¡Pero si esos no asustan ni a

un gato! Sin embargo, como el Búfalo insistía, los tres amigos hicieron una visita a los susodichos.

Nada. También ellos limpios, o atemorizados después de que el Búfalo se diera el gustazo de soltar un par de mamporros así, por las buenas.

La única explicación posible era que el Libanés hubiese desaparecido de la circulación voluntariamente.

En otras palabras, había dejado plantados a sus amigos del alma.

Y eso no se hacía. No estaba bien.

El Libanés, entre tanto, esperaba a que el Terrible terminara de contar la recaudación del día y se dignase concederle audiencia.

—¿Me buscabas? Aquí me tienes, pero date prisa que estoy liado.

El Libanés se abrió paso entre los últimos irreductibles, los que se jugaban el alma en el piquete de Capannelle, se tragó la rabia y se preparó para el acto de sumisión.

El Libanés tenía una cuenta pendiente con el Terrible. El Terrible lo había humillado cuando no era más que un crío. Le hizo quedar mal delante de

todos, y por una broma inocente. El Libanés había robado el coche equivocado, así, para impresionar a su novia de entonces. Era el coche del Terrible. Sus perros guardianes le mearon encima y obligaron a Sara a hacerles un trabajillo con la boca. El Libanés se vengaría antes o después, pero ese momento parecía cada vez más lejano.

Y, entre tanto, como le había aconsejado Pasquale *el Milagro*, debía someterse.

—Es un periodo negro, Terrible. He venido a preguntarte si hay algún trabajo para mí.

—¡Vaya, vaya! Estamos bajando los humos, ¿eh, Libanés?

—Tómalo como quieras, Terrible.

—No me gustó la escena que montasteis la otra noche, tú y ese amigo tuyo, el Búfalo.

—Nos provocaron.

—¿Y para qué querrías el trabajo?

—Te lo he dicho, tengo deudas.

El Terrible reflexionó. El Libanés no le gustaba. Era un alocado, pero también era perspicaz. Con los alocados sabes cómo comportarte, todo se reduce a una cuestión de

fuerza, quien da primero y da fuerte se lleva la partida. Con los perspicaces tienes que utilizar el cerebro y, a veces, te equivocas y te ves contra la pared.

El Libanés era de los que tenía prisa por hacer carrera. El Terrible se preguntó si no sería mejor aplastarlo mientras era pequeño, sin darle tiempo a crecer lo necesario para que mordiera la mano.

Pero en la cárcel, tenía que admitirlo, el Libanés se había comportado como un hombre. Eso había que reconocérselo. Y ahora le ofrecía el cuello, como hacen los perros pequeños con los grandes. Después de todo, él había domado más de un cachorro malhumorado como aquel. No había llegado a ser el Terrible por casualidad.

Quizás el muchacho merecía una oportunidad.

—Un trabajillo, a decir verdad, sí que habría.

Unas horas después, el Libanés reapareció en el bar de Franco con una sonrisa de impune y una bolsa en bandolera. Le acogió un torrente de reproches.

—No se puede actuar así, Líbano.

—Te hemos ido a buscar a casa.

—Y también a la *roulotte*.

—Hemos dado más vueltas que una noria.

El Libanés se lo esperaba. Pero no estaba contrariado, al revés. Su ausencia se había notado. Le querían y eso era lo más importante.

—Digamos que me he cogido unas vacaciones.

—¿Tú? ¿Y tenemos que creerte?

—Y tenéis que creerme porque lo digo yo. Y, además, basta de charla. Tengo un trabajo.

¡Oh! Ahora sí que se reconocía al verdadero Libanés, duro, franco, siempre con la cabeza alta y la espalda recta. También con los amigos.

Un tipo, explicó el Libanés, había tenido la gran idea de limpiar la timba de vía Romagnoli, en Ostia.

—¿La del Terrible?

—Esa misma.

—¿En qué sentido «limpiar»?

—Pues que se ha llevado una carretada de dinero.

—¿Estás diciendo que ese individuo ha robado la timba?

—No, ha ganado el dinero en el juego. Y sin hacer trampas.

—¿Y qué tiene que ver eso con nosotros?

—El Terrible está de muy mala leche. Querría recuperar, si no toda la pérdida, al menos una parte.

—A ver, a ver, ¿quién es ese tipo? No te da por ahí y te vas a jugar al garito del Terrible..., hace falta un fiador, ¿no? O sea, que si al Terrible

le pica, que lo solucione con el fiador.

—El amigo dio un nombre falso.

—¿Y se lo creyeron?

—Parece que sí.

—¿Dónde anda ahora el afortunado?

—En casa de Marisa *la Pechugona*.

—¿Marisa? ¿La fulana del Tufello?

—Esa.

—Pero ¿no se había retirado?

—Tiene dos hijos en casa —explicó el Líbano

—, la vida es dura.

El Búfalo lo miró con extrañeza.

—Líbano..., no es por meterme en tus asuntos, pero... ¿de dónde viene toda esta amistad con el Terrible?

Ya, ¿de dónde? Todos conocían la historia de Sara. Todos sabían cuánto odiaba al Terrible. Todos lo miraban con la misma mirada del Búfalo. Era un asunto delicado. El Libanés podía desahogarse, hablar de Pasquale *el Milagro*, poner las cartas boca arriba, pero todavía no era el momento.

—Confíad en mí. Tengo mis motivos.

El Búfalo sorbió. El Dandi fue el primero en ceder.

—Bueno, confiaremos —concluyó, no demasiado convencido.

—Bueno, confiaremos —lo secundó el Búfalo, que suspiró.

—¿Y cómo haremos con las navajas?

—Antes de venir aquí me he pasado por los gitanos de la vía Salone —respondió tranquilamente el Libanés. Y soltó la bolsa.

Poco después de la medianoche entraron en la chabola de Marisa echando abajo la puerta de madera carcomida y canturreando burlones «Baja del cielo...». Una bofetada a la puta, por hacer teatro, trapos sucios de sexo que volaban por los aires y espantosas amenazas al camello, que, literalmente, se lo hizo encima.

El Dandi, molesto con los efluvios de los dos amantes, abrió la ventana para ventilar el ambiente. Recuperaron todo el dinero. Cien millones. El Dandi se encargó de llevárselos al Terrible, una vez restados cuatro por cabeza para los mosqueteros y sesenta mil liras para Marisa;

con eso tendría para tirar un mes. En realidad, su parte debía ser de cinco mil, pero el Dandi había añadido el resto extra «a título de resarcimiento por el guantazo». El Dandi, al que le gustaba pasar por un tipo con clase.

El Libanés, el Búfalo y el Esmirriado depositaron la bolsa en el tronco hueco de un viejo roble bajo las ruinas del acueducto Felice; una solución provisional, pero sin alternativas por el momento.

El Búfalo se despidió de los demás murmurando que quería estar con una mujer.

El Libanés convenció a un recalcitrante Esmirriado para que fuera con él a una visita rápida al Rey de Picas. Se sentía en forma, se sentía invencible.

—¡Bah! Vete solo, yo tengo sueño...

—No. Tú te vienes conmigo, Esmirriado. Necesito un amuleto.

Por una vez, el Libanés parecía haber acertado con el juego. Hacia las cuatro sus ganancias ascendían a treinta millones. A las seis las había doblado. Pasaba de una mesa a otra apostando a

ciegas, y entre una y otra apuesta a las cartas, jugaba a los dados. Los trescientos se iban acercando a la velocidad de la luz. El Libanés ya sentía como algo suyo aquel barco cargado de heroína.

A las siete empezó una partida de póquer de copa de campeones.

El Esmirriado le dio un toque en el hombro.

—Líbano, quizás es momento de retirarse. Has ganado demasiado.

—Demasiado no es suficiente para mí, Esmirriado. Tú sigue aquí y no fastidies, que después te doy el diez por ciento.

—No es eso, Líbano. Hazme caso..., estás desafiando a la suerte.

—¿Y qué? ¿No es a eso, a desafiar a la suerte, a lo que venimos al mundo?

A las nueve y cuarto sus ganancias se habían reducido a la mitad. El Esmirriado le suplicó que lo dejara.

—Una mano más. Presiento que voy a recuperarme, Esmirriado.

Las manos se convirtieron en dos, luego en

tres, cuatro, diez.

Le pidió un préstamo al Esmirriado. Volvió a jugar. Volvió a perder.

A las once el Libanés hizo su última apuesta.

Tenía una escalera. Empujó lo que le quedaba al centro y vio el full de sietes del Groviera, un viejo macarra de cara picada que jugaba poquísimas manos y no perdía nunca.

El Libanés, en cambio, lo había perdido todo.

Se levantó de la mesa con las piernas pesadas, la cabeza ardiendo y el corazón destrozado.

El Esmirriado trató de consolarlo.

—Líbano, yo...

—Si me dices «te lo había dicho», te juro que te pego un tiro en la boca.

De la timba se fue directo a casa. Bebió metódicamente, obsesivamente, hasta que no quedó una gota de alcohol a su alrededor. Entonces se dedicó a romper las botellas, una tras otra. Se durmió. Durmió día y medio. Se despertó lúcido y resuelto. Vale, había caído y ahora se levantaría. No era la primera vez y no sería la última. Había jugado al ataque, ahora tenía que partir de la

defensa. ¿Con quién podía contar? Con los amigos, que nunca traicionan.

Y con Giada. Había roto demasiado precipitadamente con ella. Giada todavía podía serle útil.

Y, además, tenía ganas de volver a verla.

Giada lo encontró dormido ante su puerta: en una mano, una botella de champán; la otra, sobre un ramo de rosas. Pensó saltarlo, entrar en casa sin hacer ruido, cerrar la puerta tras de sí y dejarlo macerando en su jugo. Pero, después de todo, había regresado a buscarla y eso, tenía que admitirlo, la halagaba. Así es que se inclinó sobre él y, despacio, le acercó una mano a la cara. Pero era como si el Libanés durmiese el sueño ligero de los perros, porque bastó un suspiro, un imperceptible movimiento de aire, para que abriese aquellos ojos de asesino.

—Giada...

Sin darse cuenta, se vio debajo de él, boca contra boca, el cuello aprisionado en un abrazo que sabía a deseo refrenado durante mucho tiempo. Al principio se abandonó, después se sintió invadida por una rabia fría. ¡Ah, no! Así es demasiado fácil, vas, vienes, desapareces,

vuelves, pero ¿quién coño te crees que eres? Trató de soltarse, le ordenó que la dejara, le insultó. El Libanés soltó la presa, la empujó delicadamente hacia un lado, se levantó.

—Perdóname, pero tenía muchas ganas de verte.

Giada abrió, dejó la puerta entreabierta. El Libanés lo tomó como una invitación, rescató las flores y la botella, y la siguió.

Nada más entrar en la casa, le llamó la atención un gran cuadro, una tela sin marco apoyada en la pared. Representaba la silueta de un caballo blanco en un prado verde. A su alrededor, un cielo ausente hecho de nubes evanescentes.

—¿Te ha dado por pintar, Giada?

—¿Te gusta? Es del Artista.

—¿Y quién es ese artista?

—Un grande.

—¿De verdad?

—Sus cuadros cuestan un montón de dinero. Si quieres, un día te lo presento.

—¿Al caballo?

—Idiota. Al Artista. Es un verdadero

compañero, entre otras cosas. Trae —añadió, quitándole la botella de las manos—. Está caliente, pero me la beberé en otra ocasión.

—Creía que la beberíamos juntos...

—Creías mal. No soy una máquina expendedora de fichas para el teléfono, Líbano. No estoy a tu disposición.

—Necesitaba una bocanada de aire.

—¿Por qué? ¿Es que yo te ahogaba?

—Me he equivocado, quiero volver a empezar.

Fue la única vez, en aquel nuevo encuentro, en que la vio sonreír. Está por ver que consiga fundir el bloque de hielo, se dijo, y volvió a la carga. Dio un paso hacia ella.

—Ven aquí...

La sonrisa se convirtió en una mueca desdeñosa. Giada cruzó los brazos delante del pecho, como diciendo, prohibido el paso, Libanés.

—Comprendo —murmuró él en tono suave—, estás comprometida.

—¿Comprometida? Pero ¿qué manera de hablar es esa? Ni mi abuela...

—¡Ah, ya! Se dice: «Tengo una relación».

—¿No tengo ninguna relación! —protestó ella; después se arrepintió de haber protestado—. Y, en cualquier caso, no tiene que ver contigo. Además, perdona, ¿de dónde te has sacado esa brillante deducción?

—Bueno, es tarde, no estás en casa, vuelves así...

—¿Así cómo?

—Así..., así de tarde. ¿Qué puedo pensar?

—Hoy es jueves. Los jueves tengo grupo.

—¿Y qué es eso del grupo?

Giada, suspiró y se lo explicó.

—O sea, que una vez a la semana os reunís unas cuantas chicas y habláis...

—De nuestra vida, de la situación de la mujer, de nuestra sexualidad... ¿No es eso lo que hacéis los chicos cuando veis el partido, os tomáis una cerveza y habláis de las mujeres que os habéis tirado o que soñáis tiraros?

Al Líbano le pasó por la mente la imagen de algunas noches con el Dandi y el Búfalo, sueños, proyectos, ocurrencias, el eterno problema de las chicas, el dinero por ganar y la vida por vivir...

Era lo mismo, pero no lo era, por el simple hecho de que ellos eran hombres, y las mujeres..., las mujeres son otra cosa. Tienen que estar en su sitio. Si, pongamos por ejemplo, precisamente aquella noche, aquella noche de jueves, a una le apetecía ir al cine o a follar con su chico, ¿tenía que pasar de hacerlo? ¿Y si había una madre o un hermano que cuidar o un trabajo por hacer? ¿Todo al diablo porque había que hablar de la sexualidad femenina? ¡Venga ya!

—Pero ¿tú crees de verdad en esas gilipolleces?

—¿Y tú crees de verdad que yo solo valgo para un polvo cuando te viene en gana?

El Libanés aguantó sin pestañear y se volvió a su buhardilla del Trastévere.

Pasó la noche dándole vueltas. Había sido demasiado impulsivo. Con Giada tenía que cambiar de estrategia. Quizás una mujer de la calle, una de las que siempre había tratado, se habría comportado de otro modo. Giada pertenecía a otra tribu. Con ella tenía que luchar. Pero ¿valía la pena? ¿Qué significaba para él aquella chiflada?

De acuerdo, la deseaba, ¡pero no era la única del mundo! En el fondo de su corazón había una voz suave, insinuante, que le decía: Giada no es solo un polvo. Giada es la buena. Y en su cerebro, que bullía de sueños, había otra voz que cantaba una canción muy diferente. Necesitas trescientos millones, Libanés. ¿Dónde encontrarlos sino junto a los que les sobran?

Un pintor que consigue mucho dinero con sus cuadros, por ejemplo, puede ser un buen contacto, si se sabe aprovechar. Giada podía ser su salvoconducto en el mundo de los ricos. Por eso tenía que volver con ella, costase lo que costase. Si además también había sexo, más ganancia.

Al amanecer seguía despierto y lúcido, demasiado. Se veía entre dos seducciones opuestas, y una, fatalmente, dejaría paso a la otra. El Libanés ya sabía en su interior cuál sería, pero no quería admitirlo.

Resignado al insomnio, recogió el busto de Mussolini, la colección de discos con sus discursos, la granada, la bayoneta que se había empapado de sangre inglesa en El Alamein, las

insignias, los gallardetes y todas las demás gilipolleces fascistas, hizo un paquete con ellas y lo escondió en el sótano.

Ahora todo estaba dispuesto.

Por la mañana le telefoneó Giada. El Artista daba una fiesta. Era una buena ocasión para volver, ¿no?

*E*l Libanés vagaba por las salas de amplias bóvedas donde los frisos barrocos convivían alegremente con obras maestras de la vanguardia. Buscaba un rincón tranquilo para reflexionar, lejos de los compañeros, de su ridículo entusiasmo. ¡Aquí está el gran Libanés! ¡La Voz de la Calle! ¡Giada nos ha hablado mucho de ti! El lumpenproletario que se une a nosotros y nos trae su fuerza desordenada y salvaje.

Pero ¿de qué?

Estaban en la residencia del Artista. Giada le había explicado que «hay que sentir la A mayúscula cuando se pronuncia su nombre», como si se dijese que antes de él no había habido nadie y después no habría ningún otro. Bueno, cada uno tiene sus manías. Bonito sitio, eso sí. Tres pisos junto al Tíber que por sí solos bastaban para pagarse no una, sino diez vidas. El palacio del pintor, perdón, del Artista, era puerto de mar,

plaza del mercado, jauja. Entre un complot y otro, se jugaba al póquer, se fumaba, se bebía, se esnifaba. Era el campo de entrenamiento de las tribus del «*movimiento*». Era el campo de juegos de los cachorros de los dioses.

Bienvenido al mundo de Giada, Líbano.

Ella había sido absorbida por una panda de histéricas para una conversación solo de mujeres. El Libanés se encontró de frente con Sandro. El chico se puso tenso. El Libanés lo tranquilizó con una palmadita afectuosa.

—¿Todo bien, Sandro?

—Todo bien.

—Estupendo. Sigue así.

—Libanés...

—¿Sí?

—Quería decirte..., aquella noche...

—Olvidalo, está bien así.

El Libanés cogió al vuelo una copa llena de cualquier cosa. Sandro trató de ir detrás. El Libanés le hizo comprender que no era el momento y se fue por una escalinata de mármol con alfombra roja.

De una puerta con arabescos, entreabierta, se filtraban gemidos y suspiros inequívocos. El Libanés se asomó. Dentro había una pareja follando; él se movía detrás y ella fingía el placer supremo. Hundido en una butaca, el Artista seguía la escena con vidriosa concentración.

El Libanés reconoció a los dos folladores. Dos de Centocelle, y él ni siquiera era bueno para robar. Y, de hecho, se había reciclado en el porno. Según parece, pensó el Libanés retirándose con discreción, la calle ya se había trasladado, con armas y bagajes, a la corte de los dioses.

Solo había dado unos pasos cuando sintió que le tocaban en el hombro. Se volvió. El Artista lo había seguido y ahora le clavaba aquella mirada suya que quería decir todo y nada. Era un hombre pequeño, comenzaba a encanecer. El Libanés pensó que tenía unos ojos preciosos pero apagados y sintió una incomprensible pena por él. Le tendió la mano y se presentó. El Artista rebuscó en el bolsillo y le ofreció un paquetito de aluminio. El Libanés lo abrió. Probó el polvo blanco con el meñique y lo rechazó con un gesto.

—A la larga, la heroína te mata.

El otro recuperó el paquetito y la esnifó sobre la marcha.

Los dos «actores», el de Centocelle y su amiguita, salieron riendo de la habitación, vieron al Libanés y enmudecieron. Él les dedicó una mirada gélida y ambos desaparecieron.

El Artista se tambaleó. El Libanés lo sujetó. El Artista se lo agradeció con un gesto.

—Siéntate, se te está subiendo.

El Artista chasqueó los dedos, sonrió, empezó a subir por la escalera.

El Libanés lo siguió al piso superior. Empezaba a darle forma a una idea. El Artista era muy rico, el Artista era drogadicto, luego el Artista podía convertirse en una mina de oro. Tenía que hablar con el Puma. Llegó a una sala parecida a los teatrillos de las parroquias, una especie de cine privado hasta con cabina de proyección donde se adivinaba la silueta de un gigante barbudo. A un gesto del Artista, las luces se apagaron y en la pantalla aparecieron los créditos iniciales de *La dolce vita*, de Fellini. El

Libanés se escabulló dejando a aquel hombre extraño perdido en su infierno químico.

Registró metódicamente la casa. En medio de aquel desbarajuste, cada uno hacía lo que le parecía, y a él, pasado el entusiasmo inicial, ya no le interesaba. Encontró cincuenta gramos de costo, tres papelinas de coca, otra bolsita de heroína y, en un cajón, un millón en efectivo. Lo requisó todo, zascandileó un rato, jugó un par de manos al póquer con chicos que se las daban de fuera de serie y que en las timbas no habrían durado un minuto, y, cuando encontró a Giada, la cogió por la cintura y se la llevó a casa.

—¿Te has aburrido mucho, Líbano?

—¡He conocido al Artista!

—¿Qué impresión te ha causado?

—Me ha llegado al corazón, Giada.

XVIII

Sí, realmente el Artista había llegado al corazón del Libanés. Tanto que la noche siguiente volvió a su casa. Sin Giada, que había tenido que correr a consolar a su madre, presa de uno de sus tantos malestares imaginarios. En el bolsillo llevaba la droga del día anterior y dos bolsitas de coca que le había dado a crédito el Puma.

Para empezar, bastaba.

El Artista estaba nervioso. Recorría las habitaciones, más silencioso que nunca, con cara de susto. Sus acompañantes competían por mostrarse solícitos, pero todos los esfuerzos eran inútiles. El Artista estaba mal, el Artista sufría.

El Artista estaba enfermo. El Libanés lo curaría con mucha y buena medicina.

El Libanés esperó a que se retirase a su *sancta sanctorum*, o sea, a la sala de cine, se sentó a su lado y le alargó una papelina de coca. El Artista suspiró. El Libanés asintió. El Artista se levantó y

salió de la sala. El Libanés no se movió. Oía al proyeccionista riéndose en la cabina. El Artista volvió al cabo de unos minutos, se vació los bolsillos y un fajo de billetes terminó en las manos del Libanés. A ojo, tres millones. El Libanés decidió mostrarse generoso y le dio la segunda papelina de coca y la bolsita de heroína. El Artista le miró a los ojos. En su mirada aparecía el destello del prisionero que le agradece a su carcelero una exigua cena, pero que, si pudiese, le retorcería el cuello.

El Libanés se abochornó y, a su pesar, tuvo que bajar los ojos. ¿Y qué? ¿Me tengo que avergonzar? Si eres yonqui, es tu problema, ¿no? ¿Qué quieres de mí? ¿Qué pasa, me juzgas, señor pintor?

Sintió dentro un odio profundo, perverso, un odio absoluto.

Salió a descongestionarse a la terraza, con un buen whisky. Manoseaba el dinero que le llenaba los bolsillos. Negocios, solo negocios. Un primer paso, solo un primer paso.

Comenzó así su vida de proveedor oficial del Artista y de los que pululaban a su alrededor. En

un mes consiguió reunir quince millones. Alquiló un garaje a nombre del Piojo, un vagabundo que se contentaba con una garrafa de vino y una papelina de diez mil, y llevó allí las armas. Reanudó la custodia de armas para las bandas de ladrones. Otro millón y medio al mes. Se mudó a casa de Giada. Envió un mensaje a Pasquale por medio de Nembo Kid y de vuelta le contestó: «será en mayo». Quería decir que el negocio debía concluirse para mayo. Así es que todavía tenía algo de tiempo. Debía intensificar la actividad.

Comenzó a llevarse cosas de la casa del Artista. Piezas pequeñas, bronce, cuadros que podían ocultarse bajo la cazadora. El Angelito de la vía del Pellegrino, un histórico perista de objetos artísticos, se los pagaba bien. Cuando tuvo ahorrados veinte millones, decidió tentar a la suerte otra vez. No en las mesas de juego, que, con eso, se juró a sí mismo, he terminado, sino en el hipódromo. El Esmirriado le buscó un contacto. Consiguió más dinero. Las cosas marchaban, aunque todavía demasiado lentas.

A finales de marzo, los fascistas montaron

jaleo en la universidad y, para no ser menos, los de izquierdas dispararon en la zona del policlínico. Un compañero y un policía quedaron en el suelo, no muertos, pero casi. Giada volvió a casa a media mañana, después de una noche de asamblea. Estaba lívida, cabreada, olía a sudor. Se parecía poco a su Giada.

Le contó que había escapado por los pelos a los porrazos de dos maderos enfurecidos.

—¿Qué? ¿Los habías atacado?

—No, yo solo estaba protestando. Es nuestro derecho.

—¡Bueno! Ha salido bien, ya puedes olvidarte. Yo me daría un baño, los dos juntos...

Nada que hacer. Había llegado la hora X. Giada se cambió a la carrera, se tomó un par de cafés y después anunció que «el *movimiento* volvía a la plaza».

—Enhorabuena —comentó, seco, el Libanés.

Era inútil tratar de razonar con aquella chiflada.

—¿Por qué no vienes también tú?

—¿Yo? ¿Y qué crees que puedo hacer yo?

—Puedes echar una mano.

—Son vuestros asuntos, me parece...

—Quizá no te das cuenta de cómo están las cosas. Los fascistas se vuelven cada día más arrogantes. El Estado reaccionario los protege. Nosotros tenemos el deber de...

En la palabra «revolución», el Libanés puso el piloto automático y dejó de escucharla. Cuando pronunciaba aquella palabra, Giada se transformaba, se convertía en otra. Se le endurecían los rasgos, la voz se volvía áspera, silbante a veces, llena de términos enrevesados. La chica sensual y excitante se transformaba en una de tantas comunistas ásperas y siempre ceñudas.

Una buena razón para desconfiar del comunismo: afea.

Habría querido decirle: ¿de verdad los cuartos de papá te dan tanto asco? ¿Estás dispuesta a mandarlo todo al cuerno por esta revolución? Pero ¿qué es esta revolución? Explícasela a uno que ha nacido en una barriada popular donde por la mañana hay que hacer cola para usar el retrete común y cuya madre se desloma lavando la ropa

de los señores. Cambia tu elegante escuela privada por una guardería donde te señalan con el dedo porque vas vestido con andrajos y apestas. Ponte en el lugar del niño malo que te tira de las trenzas por puro odio. El odio a lo que tú eres y representas, y que él no será jamás.

Se puso la cazadora, le estampó un beso irónico y se fue a Tor di Valle. El Esmirriado le esperaba.

Fue una tarde afortunada y siguió así hasta la última carrera, en una progresión de fábula. Era mérito del Esmirriado y de su contacto, el Turco, un viejo útil que parecía, y estaba, muy bien informado de los misterios de las carreras. El Turco trabajaba para el barón Rosellini, un tipo que estaba forrado de dinero y enloquecido por los caballos. El Turco cogía quince, y una vez de cada diez le devolvía al barón treinta. Las otras nueve se repartía el dinero de la apuesta con los chicos del Terrible (¡era de suponer!). De este modo, la regularidad del «viaje», por así decirlo, estaba a salvo y el barón Rosellini permanecía unido al amo. Pero el Turco, que tenía una sólida

reputación de marica, tenía también debilidad por el Esmirriado, así es que, si era necesario, le pasaba las informaciones correctas.

—Vaya, hoy he solucionado por lo menos un mes de autonomía.

Restada la parte del Turco, le quedaba bastante para sobrevivir dignamente algún tiempo. El Esmirriado se frotaba las manos. Era la imagen de la felicidad.

—¿Y qué es un mes? —se le escapó al Libanés, siempre concentrado en sus sueños de gloria.

—¡Bah! —rezongó el Esmirriado—. Mientras tanto, le compro algo a mi chica.

Sí, sí, la chica. Pese a las ganancias, el Libanés seguía de mal humor. Se sentía intranquilo por Giada, esa era la verdad. No debería haber dejado que se fuera. ¿Cómo iba a defenderse en la calle ella que de la calle no sabía una mierda? Está muy bien la revolución en los libros, pero la calle, ay, la calle es una bestia espantosa. Y la intranquilidad se volvió pánico cuando, de camino a casa, sintonizó la radio del *movimento*.

El Esmirriado, junto a él, sacudía la cabeza, furioso.

—¡Oh! ¿Has oído, Líbano? Estos van a acabar en guerra civil.

Y sí, pintaba mal. Los boletines se sucedían, cada vez más alarmados. Los compañeros esperaban una redada. Los compañeros esperaban una matanza. El epicentro de los enfrentamientos estaba en el Campo de' Fiori, donde habían quemado a aquel monje, Giordano Bruno. Y se ve que aquella plaza era gafe.

Dejó al Esmirriado en la Portuense y se dirigió decidido al centro. La revolución le traía al fresco, pero Giada no.

Consiguió encontrarla en la vía de los Balestrari. Había llegado en medio de una carga de la policía. La policía pegaba a diestro y siniestro, los compañeros huían como ratones aterrorizados. Nadie reparaba en el Libanés; por una vez, su cara de honesto ladrón era una garantía.

Giada estaba detenida. La arrastraban entre dos hacia un vehículo blindado. Ella daba patadas

y forcejeaba, lanzando insultos obscenos a los dos policías. A su espalda resonó una secuencia de estallidos. El Libanés sintió un olor acre y empezó a toser. Gases lacrimógenos. Tenía que darse prisa antes de que los gases lo dejaran fuera de combate. Preparó la navaja y se lanzó. Cogió al primer policía por la espalda, pinchó superficialmente, un ligero toque en el trasero, lo justo para meterle miedo. Después se abalanzó contra el otro, que se había dado la vuelta, y lo tiró al suelo con un rodillazo en el bajo vientre. De repente, Giada se vio libre.

—Ven.

Se cogieron de la mano y echaron a correr.

Más tarde, en casa, no hubo ni el amor ni el agradecimiento que el Libanés había esperado. Más aún, era él quien tenía que darle las gracias a Giada porque, por fin, había comprendido, había abierto los ojos. Por fin había dado sus primeros pasos por el camino de la revolución. ¡Y dale!

Pasaron la noche discutiendo, como una vieja pareja avinagrada: Giada, en el papel de maestra de marxismo, y el Libanés, entre el sueño, la rabia

y la desilusión. Al final fingió darse por vencido.

—Vale, me has convencido. Estamos del mismo lado.

Entonces ella, ya feliz, lo besó. Y por fin se fueron a la cama.

El Libanés esperó a que las «señoras» se alejaran «para pasarse por ese sitio». Después abordó el tema.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué, Líbano? Me parece una bonita noche, ¿no?

El Libanés había reservado en Bastianelli al Molo, en Fiumicino. Había terminado por ceder a la insistencia de Giada. Le iba a presentar a sus amigos. Era lo lógico, visto que ya llevaban un tiempo juntos.

El Dandi estaba distraído, el Búfalo se atracaba de *linguine* con bogavante. Todo normal, ¿no? ¡Dejémonos de bromas! El Libanés se había dado cuenta de las miradas que se habían intercambiado los dos amigos durante toda la velada, de la cortesía afectada, de la vaga sensación de recochineo que flotaba en algunas pullas del Dandi.

—No os ha gustado, ¿eh?

—¿Quién?

—¡Venga, Dandi!

Este se sirvió la última gota de champán, después pilló al vuelo a un camarero y le pidió la cuarta botella. ¿O era la quinta? Había perdido la cuenta. El Búfalo, entre tanto, luchaba ruidosamente con el bogavante.

—¿Dónde te la has ligado?

—Por ahí.

—Bueno, y qué quieres que te diga..., no es una de las habituales...

El Dandi no completó la frase. Se quitó una miga de la comisura de los labios y lanzó una mirada de conmiseración al Búfalo. El Dandi, el Búfalo, sus hermanos. Se habían acicalado en su honor. El Dandi lucía un traje de lino blanco con pantalones de pata de elefante, camisa de seda rosa, cinturón de cocodrilo con hebilla grande, mocasines de gamuza de Boccanera en el Testaccio y un Rolex que casi parecía auténtico. El Búfalo se había resignado, por primera vez en su vida, a la corbata. Pero al Dandi la chaqueta le

quedaba mal en los hombros y la tripa, y el Búfalo parecía un ahorcado con la soga al cuello. Acicalados pero siempre macarras. Ahí estaba la cuestión. Los dos mundos. A Giada la calaron a la primera.

—A ver si la tratáis bien, porque está conmigo.

La mujer del amigo es sagrada. La mujer del amigo no se discute. La mujer del amigo se acepta y basta. La mujer del amigo es tu hermana, tu madre, tu hija. La mujer del amigo no es ni siquiera una mujer. La mujer del amigo es una Madonna.

Se miraron frente a frente unos instantes, después el Dandi estiró el brazo y bajó la cabeza, nada convencido. Pero el Libanés había dado su garantía y eso tenía que bastar.

El Búfalo apartó la cabeza del plato, esbozó un eructo contenido y dijo: —Tiene un plan, Dandi.

—¿Qué estás diciendo? ¿Quién?

—El Libanés. —El Búfalo lo señaló con un dedo pringado de salsa—. Te digo que el Libanés tiene un plan para esta chavala.

El Dandi lo miró con los ojos abiertos de par

en par.

El camarero abrió el champán.

El Libanés sirvió a todos. Sin confirmar ni desmentir. El Búfalo nunca acababa de sorprenderlo: parecía medio loco, pero a veces se comportaba como un genio.

En ese momento, en el baño de señoras, mientras Rossella se palpaba las tetas caídas, Ulla le ofrecía a Giada un tiro.

—¿Coca?

—Heroína. Esta noche me siento nerviosa.

—No, gracias, no me gusta la heroína.

—Pero ¿la has probado?

—Quizás otro día, gracias.

—Como quieras, guapa.

Ulla extendió la droga en el lavabo, enrolló un billete de diez mil y esnifó todo de golpe. Rossella cogió a Giada del brazo.

—Cuéntame, ¿tú a qué te dedicas?

—Estudio.

—Pero ¿tu hombre no te ha dicho nada?

—¿El Libanés?

—Claro.

—No estamos juntos exactamente.

—Bueno, pero en la cama sí que habréis estado, ¿no?

—¿Eso no es asunto mío?

—Vamos, estamos entre chicas, ¿no?

—Sí, sí hemos estado.

—Estupendo. Y ese hombre tuyo que resulta que no es tu hombre pero con el que sí has estado, ¿no te ha dicho que cuando se va a una fiesta hay que vestir como se debe?

—¿Por qué? ¿En tu opinión voy mal vestida?

—Salta a la vista. Mírate. Llevas zapatos bajos, vaqueros, anchos además, y esta camiseta, hija mía, con ese letrero... «yo soy mía»... Pero ¿quién se va a fijar en ti? ¿Quién va a pensar en ti?

Giada estaba entre el desconcierto y el horror. Nunca se había encontrado con mujeres como aquellas. Ulla era una rubia insulsa con el cerebro instalado en las tetas. Rossella era una morena que a duras penas escondía las huellas del tiempo tras un kilo de maquillaje. Aquellas mujeres eran muy distintas de sus amigas del grupo, de las compañeras del colectivo. Incluso su madre,

comparada con aquellas dos, brillaba. Rossella se encogió de hombros.

—Bueno, que también él, el tal Libanés, me parece un patán..., fijate en el Dandi. Ese sí que tiene clase. —Rossella bajó la voz, el tono se hizo confidencial—. Si tienes ocasión, ve con él. Ahora anda perdido por esta mema —susurró señalando a Ulla, que canturreaba con los ojos cerrados en pleno subidón de la heroína—, pero no durará. El Dandi en la cama es fuerte... y paga bien.

—¿Paga?

—Paga, paga, querida, dinero, cuartos... ¡No me digas que estás con los hombres gratis! Una como tú, con la gente que te rodea..., por un polvete podrías sacar cien mil liras.

—¿Sabes que no lo había pensado, Rossella?

—Estás a tiempo, mona. Además, los hombres solo tienen una cosa en la cabeza. Vámonos, venga... Ulla, espabila, tesoro, antes de que nos manden a los carabineros.

Cuando volvieron a la terraza, el Dandi se levantó, le hizo una cortés inclinación, apartó la silla para que pudiese volver a su sitio con más

facilidad. Iba a sentarse cuando el Libanés le pasó el brazo por los hombros.

—Nosotros nos vamos, chicos.

Giada se dio cuenta de que el Búfalo la estaba observando. Había algo cruel en aquel muchacho.

—Sí, vámonos —dijo estremeciéndose.

Era una noche de muchas novedades. El Libanés la llevó a la buhardilla del Trastévere.

Después del amor, el Libanés cayó en un sueño profundo.

Giada estaba inquieta. Le faltaba el aire. No estaba acostumbrada a espacios tan pequeños. Abrió la ventana. Llegaba de fondo el eco de *Lella, quella ricca*. Alguno debía de haberse dormido con la radio encendida. ¡Pero precisamente aquella canción! Había luna llena. Dos gatos se perseguían por el adoquinado resoplando furiosos.

El Libanés le gustaba. El Libanés le daba miedo. Al principio, tenía que reconocerlo, había sido solo la curiosidad la que la había empujado hacia él. En su ambiente, desde hacía un tiempo, se tenía la idea del lumpenproletariado

inconscientemente revolucionario, de la fuerza criminal que podía transformarse, bajo atenta guía, en fuerza revolucionaria. Eso quería decir «estamos del mismo lado». Por eso, cuando apareció el Líbano, había aprovechado. Pero mucho de lo que estaba conociendo no le gustaba nada. ¿Cómo explicarle al Libanés que sus amigos le parecían horribles, y asquerosas aquellas dos furcias?

Pero tal vez él ya se lo había imaginado. ¿No había hecho de todo por mantenerla alejada de su mundo?

En Bastianelli, Giada se había sentido inmediatamente fuera de lugar. ¿Te puedes imaginar a Búfalo y a Dandi con parka, lanzando cócteles molotov, y a Ulla y Rossella como ángeles del ciclostil? ¡Venga ya!

Giada tenía que hacer balance consigo misma.

Consigno misma y con él. Quizás el Libanés era más sincero que ella. Había decidido mostrarle su mundo para quitarle toda ilusión.

Y le gustaba.

—¿En qué estabas pensando?

El Libanés había aparecido de pronto a su espalda. La besó en la garganta. Ella se estremeció.

—¿Te he asustado?

—No, no consigo conciliar el sueño.

—Ven, te cuento una historia. A lo mejor así te duermes.

*E*staban en la cama, con las luces apagadas.

—¿Te he dicho alguna vez que soy hijo de artistas?

—No.

—En la ficha policial de mi padre habían escrito: con antecedentes, holgazán, vive del cuento. En realidad, oficio sí que tenía. Era ladrón.

Un ladrón sin suerte, por decirlo todo. Contaba más golpes fallidos que conseguidos. Le faltaban algunas cualidades fundamentales para tener éxito: el hígado, el cerebro, el corazón y las pelotas. En resumen, cualidades, siendo sinceros, no tenía ninguna. Soñaba con el gran golpe, ese que te arregla para toda la vida. Entre tanto, vivía a costa de la señora Pina. Un día desapareció sin despedirse de nadie.

—Y tú te quedaste solo.

—Mejor solo que mal acompañado, ¿no? Además, él no era nadie. Si he de ser sincero,

quien de verdad me hizo de padre...

Giada se quedó en silencio. El Libanés suspiró. De repente parecía un niño perdido.

—Se llamaba Descarnado —continuó.

Era un viejo decrepito. Quién sabe cómo, había corrido por el barrio el rumor de que guardaba un tesoro en el colchón. El Libanés, tenía doce años por entonces, había conseguido meterse en su casa, un semisótano en la vía de la Scala, que olía a ratones y a miseria.

—Tenía una navajita. Quería encontrar aquel tesoro. Quería regalarle un televisor a mi madre. Quería que todos supiesen de lo que yo era capaz.

Y se encontró con una hoja apuntando a su cuello y al viejo que amenazaba con hacerlo tiras. «Has venido a robar, ¿eh? ¡Voy a hacer que se te pasen las ganas, cabroncete!»

—¿Y tú?

—¿Yo? Me cagaba de miedo. ¡Tenía doce años, joder!

Pero, después, el viejo le había mirado mejor, había suspirado y cerrado la navaja. «¡Pero fíjate! ¡Si es el hijo de Pina y Oreste!»

El viejo le habló de su madre. ¡Cuánto le gustaba la señora Pina! Una belleza. Cuando iba por la calle, todos se volvían a mirarla. «Pero ella, sería, eh, ojos bajos y derecha a casa. Nunca le daba confianzas a nadie. Después se fue con ese desgraciado de tu padre y ha terminado como ha terminado...»

—Y después me preguntó: «A ver, dime, ¿tú sabes quién soy yo?». No, señor, le respondí, lo juro; me han contado que tienes un montón de dinero y quería ver si... Y él: «Cuentos. Yo no he pensado nunca en el dinero. He pensado siempre en el honor. En el honor y en el cuchillo».

En ese momento, el viejo vuelve a abrir la navaja y le dice al Libanés: «¿Ves aquel salame, allí, colgado de la cuerda?».

El Libanés asintió.

El viejo dice: «Mira la cuerda, mírala bien..., así...».

—Y un segundo después..., que me quede ciego si te cuento mentiras, Giada..., el salame estaba en el suelo y la cuerda bailaba, cortada limpiamente en dos, justo en medio. Y yo ni

siquiera me había dado cuenta de que había lanzado la navaja...

Aquel viejo que todos consideraban inocuo y perverso, era nada menos que el Descarnado, el último gran matón de Roma.

—Me dirás: ¿y entonces? Y yo te digo, si alguna vez he tenido un maestro, ese ha sido el Descarnado. De él lo he aprendido todo. Cómo se usa la navaja, cómo se lanza un desafío y cómo se responde cuándo te desafían a ti. Cómo se va por la calle, con la cabeza alta y sacando pecho, y cuándo hay que ser insolente y cuándo conviene ser dócil. De él he aprendido el respeto y el honor.

El Descarnado se había malogrado por una historia de mujeres. Durante un duelo con su rival se le habían escapado dos disparos de más y aquello había terminado en el cementerio. El Descarnado se había entregado a la policía. No estaba arrepentido, pero pagaría con dignidad. No podía imaginar que la mujer por la que iba a pasar veinte años en la cárcel le dejaría para casarse con un corbatero de la plaza de los Caprettari.

—En su funeral llevé el féretro al hombro.

Lloraba como un ternero. Era grande el Descarnado. Como él ya no se hacen.

La historia había terminado, pero Giada ya no lo escuchaba. Por fin se había dormido, pobre criatura.

—Eres tan dulce —murmuró el Libanés—, frágil, seductora. Puede que te haga daño y te juro que lo sentiré. Pero puede que no te haga daño, y entonces la pregunta es: ¿qué estoy haciendo aquí contigo?

Giada dormía aún cuando, a la mañana siguiente, Nembo Kid silbó bajo su ventana. Nembo tenía un par de revólveres para guardar en sitio seguro por cuenta de sus amigos sicilianos. El Libanés lo siguió a la obra, donde negociaron el precio. Cogió las armas y las llevó al garaje.

Cuando volvió a casa, se encontró a su madre con Giada. Tomaban café como dos viejas amigas. La señora Pina apenas respondió a su saludo, intercambió un par de besos con Giada (que la llamó «señora») y, antes de irse, dirigió al Libanés una mirada furiosa.

—¿Qué te ha dicho mi madre? —le preguntó

cuando se quedaron solos.

—Que no me fie de ti.

*E*l Libanés salía del hipódromo contando el fajo de billetes de las ganancias. Un día discreto. El Esmirriado estaba enfermo, pero el Turco había acertado un par de gemelas históricas.

Resultado: tres millones. Todo para el gran proyecto.

—Una palabra, Líbano...

Miró a los dos tipos que lo flanqueaban: el Marruecos y Yamesbón, dos camellos ligados al Puma. Yamesbón era el que antes le suministraba droga a Giada. No le gustó la expresión de los tipos.

—¿Qué pasa?

Le llegó un porrazo. De improviso, como suele decirse, de sopetón. Se quedó tendido en el suelo cuan largo era.

Trató de levantarse y recibió una patada en el hombro.

—Vale, basta, ¿qué coño queréis?

Giró sobre sí mismo y un pie le aplastó el tórax.

—Dicen que le vendes droga al Artista.

—¡Tranquilos, muchachos! El Puma está al tanto de todo.

—Nosotros no estamos ya con el Puma, Libanés.

—Ahora trabajamos para el Terrible.

—Y él es quien suministra al Artista.

—El Artista es cosa nuestra.

—El Artista no se toca.

—Hay un acuerdo, ¿entiendes, cabrón?

—No vuelvas a poner el pie en su casa.

Yamesbón sacó la pistola y le quitó el seguro.

—¿Cuánto le has sacado?

—Un poco.

—Bien, desde hoy es cosa nuestra. Estás de acuerdo, ¿no?

—Y esto nos lo llevamos nosotros.

—Tres millones. Nada mal, ¿eh?

—¿Algún problema, Líbano?

Mierda. Todo iba bien. Demasiado bien.

El Libanés le contó el asunto al Puma. Se

pusieron de acuerdo.

Tres días después, la pelea se reprodujo en casa del Artista. El Libanés sabía que se los encontraría allí.

Cuando lo vieron aparecer, con una sonrisa humilde y una magnum de Veuve Clicquot, Yamesbón y el Marruecos pusieron cara de pocos amigos.

—¿Todavía vienes por aquí?

—¿No te bastó la lección?

Los calmó abriendo las manos en señal de paz.

—Venid, tomemos un trago. Quiero proponeros algo...

Lo siguieron a la terraza con aire digno. El Libanés fingía manipular el corcho.

—¿Qué?

—¿Y la propuesta?

—Oye, no podemos perder el tiempo, Líbano.

El Libanés dio vuelta a la botella y se la estampó en la cabeza al Marruecos. Mientras este se desplomaba con un grito animal, sacó la navaja y se la puso en el cuello a su compinche. Le quitó la pistola, una Beretta bifilar que añadiría a las

armas de Nembo, y lo empujó contra el muro.

—He hablado con el Puma.

—Líbano...

—Cállate. Vosotros no trabajáis con el Terrible. El Terrible ni siquiera sabe que existe este lugar. Imagínate qué cara pondrá cuando yo le cuente que estáis vendiendo en su nombre.

—Líbano...

—He dicho que te calles.

El Marruecos trataba de levantarse. El Libanés le atizó una patada en la mandíbula. El Marruecos jadeó, tosió, vomitó.

Después el Libanés volvió a concentrarse en Yamesbón.

—Tengo ganas, pero no os imagináis cuántas, de haceros picadillo, ¡cabrones!

Yamesbón se cagaba de miedo. El Libanés estaba realmente furioso. Por aquellos dos imbéciles había pasado tres días de pesadilla. Por su culpa se había negado a Giada, se había preguntado si debería desafiar abiertamente al Terrible, entablando una guerra perdida desde el inicio, o si aguantar la ofensa y quedar mal parado.

Había pensado dejar Roma y empezar en otra parte. ¿Y por qué le había sucedido todo eso? Porque en el gran supermercado de la calle, el Libanés era un cero a la izquierda. Porque aquellos dos, otro par de nulidades certificadas, creían que podrían tomarle el pelo sin pagar tributo.

Habría podido matarlos allí mismo, en el acto. Alimentar a la bestia. Matar a dos para dar sentido a su rabia.

Pasquale *el Milagro* lo habría aprobado, pero él no era Pasquale *el Milagro*. Todavía no. Apretó los puños, resopló, guardó la hoja.

—Ahora escuchadme bien, tú y tu compinche.

—Todo lo que quieras, Líbano, ¡todo!

—De hoy en adelante venderéis para el Puma y para mí. La mitad para el Puma, que pone la mercancía. Del resto, el setenta y cinco para mí y el resto para vosotros.

—De acuerdo.

—Y los tres millones de la otra noche... los quiero mañana.

—Líbano —gimoteó Yamesbón—, no se

puede...

—No he oído bien.

Yamesbón señaló a su cómplice, que se estaba recuperando trabajosamente, con la cara como una máscara ensangrentada.

—Ese tarado los ha perdido al sacanete.

—¿Y a mí qué? Ve a robar, manda a tu mujer a hacer la calle... No es problema mío. ¡El dinero para mañana por la noche!

—¿Todo bien?

Sandro se asomó. El Libanés sonrió, tranquilizador.

—Todo bien. Mi amigo ha resbalado. A lo mejor puedes echarle una mano...

Sandro se acercó al Marruecos, pero este lo apartó sin miramientos. Sandro retrocedió ofendido. El Libanés le tendió los brazos como diciéndole: no te cabrees. Después, con un gesto, le sugirió que se fuera.

El Libanés le dio una suave bofetada al Marruecos, que se apoyaba en Yamesbón.

—No solo eres un tarado, también un grosero.

—No me gustan los maricas.

—¿Qué?

—¿Es que no lo sabes? Tu amiguito, Sandro, es marica perdido.

—Y paga muy bien, con todo el dinero que tiene su padre.

—Callaos, habláis demasiado. Tengo que pensar.

Había tenido una idea. Repentina, perfecta.

¡Sandro! Te he tenido ante los ojos todo este tiempo y no había comprendido. ¡Sandro! Tú me cambiarás la vida.

Yamesbón y el Marruecos lo vieron volver a casa riendo como un loco. Pensaron que el Libanés era un desequilibrado. Pensaron que habían estado a un paso del final. Comprendieron que de aquel Libanés oirían hablar más.

*E*l Búfalo se rascó la cabeza. El Esmirriado soltó una imprecación en voz baja. Estaban en la parte de atrás del bar de Franco, junto al billar. El Dandi dejó el taco, se bebió una cerveza y no dijo nada.

—Un secuestro es una cosa seria, Líbano — apuntó Esmirriado.

—Y nosotros somos personas serias, Esmirriado, no somos payasos.

—¿Y a quién tenemos que coger?

—A un pijo forrado de dinero.

—¿Un amigo de tu chica? —insinuó el Búfalo, socarrón.

—¿Chica? ¿Qué chica? —saltó el Esmirriado, que no tenía noticia de la historia del Libanés y Giada.

El Libanés observó al Dandi, que mantenía un hosco silencio. Él era la llave de todo. Si decía que sí, los otros lo secundarían, pero Dandi

vacilaba. Tenía buenas razones. Un año antes, de acuerdo con tres individuos del barrio de los Giardinetti, trató de raptar a un representante de diamantes. Le cayeron encima al anochecer, debidamente armados y enmascarados. El tipo se reveló como un hueso más duro de roer de lo previsto. Empuñó una semiautomática y empezó a disparar a lo loco. Al Dandi y a los suyos los cogió por sorpresa. Los disparos atrajeron gente y, lo que es peor, a una patrulla de halcones, los duros agentes sin uniforme de la móvil. Los tres de los Giardinetti terminaron con la cara en el suelo y una pipa en la nuca. El Dandi había conseguido librarse, no se sabe cómo. En la cárcel habían cantado, por lo que se ganaron el merecido apelativo del Trío Lescano. El Dandi se había ocultado un par de meses; después, gracias a una coartada complaciente y a una fiscalía crédula, los cargos se habían desestimado. Pero el Dandi había quedado marcado. Y por eso trató de oponerse de todas las maneras posibles al proyecto.

—No lo sé, Líbano. Un secuestro puede durar tres, cuatro meses...

—Este será rapidísimo.

—Hacen falta armas.

—Las tenemos.

—Un lugar para custodiar al rehén.

—Lo tenemos en casa de Marisa *la Pechugona*, que además cocina bien.

—Hay que mandar mensajes a la familia...

—Ya lo he estudiado todo.

—Solo para los primeros gastos necesitaremos unos veinte millones.

—He calculado cincuenta.

—¿Y quién nos los va a dar, Papá Noel?

—Treinta los tengo yo apartados. Los otros sé cómo procurármelos.

—¿Y si después no paga?

—Pagará.

—Sí, ¿y si no paga?

—Pensaremos en ello en su momento.

—E imagínate que sucede algo, un imprevisto..., qué sé yo, una patrulla que pasa por allí al azar...

El Libanés estaba harto de un interrogatorio que ni siquiera en comisaría... Hizo callar al

Dandi con gesto imperioso. Defendió la causa del secuestro con toda la energía de quien se aferra al último recurso. Dijo que estaba cansado de vivir de pequeños trabajos, que era una injusticia que unos tipos como ellos estuvieran condenados a permanecer bajo la bota del Terrible, que el tiempo pasaba y corrían el riesgo de envejecer como fracasados.

Vio animarse al Esmirriado, después asentir al Búfalo, y se sacó el as de la manga. Los miró a los ojos, uno por uno, y habló despacio y con decisión.

—Si reunimos trescientos millones, entramos en un negocio fabuloso con los camorristas. Entramos todos. Cambiaremos nuestras vidas. Decidme que sí. Confíad en mí.

—Así es que este era el secreto que no querías confesar —gruñó el Búfalo—, porque no te creas que no te hemos pillado, Líbano, con esa princesa que te llevas al lado, con todos estos misterios...

—Sí —reivindicó el Líbano—, había decidido hablaros en el momento adecuado. Este es el momento adecuado. Pero que sepáis que estabais

dentro desde el principio. Nunca he pensado dejaros fuera. Me habría gustado servíroslo en bandeja..., quería encontrar solo los trescientos millones, pero no lo he logrado. Así que ahora es el momento. ¿Estáis conmigo?

Hubo un breve silencio. El Esmirriado se sorbió los mocos y bajó la mirada. El Dandi suspiró. El Búfalo cogió el taco, acarició con la punta empolvada la bola y con un golpe seco mandó al agujero la bola número ocho.

—Estoy contigo, Líbano —dijo al fin.

—Estoy contigo —se sumó el Esmirriado en voz baja.

—¡Hagamos esta estupidez! —concedió por último el Dandi.

Antes de recibirlo, el Seco lo tuvo una hora larga cociéndose al baño María.

Confundido entre los demandantes que imploraban audiencia en la oficina privada del extorsionador, la trastienda de un almacén de materiales para la construcción en el Casilino, el Libanés aprovechó para sacudirse los últimos vapores alcohólicos.

Habían cenado en casa de Giada. Con ellos estuvo Sandro. Se ventilaron una botella entera de whisky de malta. Invitaba el Libanés: con todo lo que pensaba ganar, podía permitirse ser generoso. De común acuerdo, habían decidido desterrar de la dieta la coca e incluso los porros. Sandro era un exdrogadicto. Su padre, el comendador, lo había enviado un año al extranjero para que se limpiase. Peor lo pones. Las recaídas eran frecuentes. Sandro era un chico frágil y deteriorado. Pero ¿qué te puedes esperar de un marica, después de todo?

De la oficina del Seco salió un padre de familia llorando. Ocupó su puesto una mujer llamativa, con medias de rejilla. Si pensaba conmover a aquel tiburón con una exhibición de muslo, lo llevaba claro. El Seco, se decía en la calle, era uno que no se las perdonaba ni a Cristo.

El Libanés estaba nervioso. Veinticuatro horas para el gran día. La noche anterior había sido todo un juego de cariño y zalamerías entre él, Giada y Sandro.

Giada estaba feliz. Sandro era su mejor amigo. No, Sandro era más que un amigo. Sandro era el hermano menor que había perdido el camino y que estaba volviendo a la luz fatigosamente. Había deseado que pudiera convertirse también en amigo del Libanés, y allí estaban, había sucedido.

El Libanés mostraba hacia él una actitud irónicamente protectora. En las últimas dos semanas habían pasado muchas horas juntos. Sandro le hablaba de sus amores desesperados, de su deseo de un baño de sangre regenerador, de una catástrofe que diese la vuelta al mundo para que después se les permitiera reconstruirlo a su imagen

y semejanza a los que eran como él. El Libanés escuchaba comprensivo proporcionándole píldoras de tosca sabiduría popular. Mientras tanto, acumulaba información.

Sandro estaba fascinado con el Libanés. Gracias a sus confidencias, el Líbano lo sabía ya prácticamente todo de su padre, el comendador. Horarios, movimientos, costumbres, patologías, problemas, liquidez. Sandro odiaba a su padre, un vampiro especializado en chupar la sangre a los pobres. Compraba a precio de saldo inmuebles ocupados y conseguía desocuparlos a base de órdenes judiciales. Si había resistencia, enviaba piquetes a hacer el trabajo sucio. Una vez liberados, rehabilitaba los inmuebles y multiplicaba por diez su valor.

En un arrebatado causado por el *speedball*, la mortal mezcla de heroína, coca y anfetaminas que llevaba algunos años de moda entre los chicos pijos de la capital, Sandro había intentado acuchillar a su padre. La verdad es que el comendador nunca se había resignado a la idea de tener un hijo marica. Sandro decía que quien

liberarse a la sociedad de la obscena figura paterna merecería una medalla.

Por eso, cuando decidió secuestrar al comendador, el Libanés se sintió como un benefactor.

Al fin, llegó su turno.

El Seco: dos ojos ávidos en una masa flácida. A diferencia de sus colegas usureros, que se contentaban con mover el dinero a intereses imposibles, no desdeñaba invertir en empresas de riesgo, pero rentables. El Seco era el último recurso del comerciante al borde de la bancarrota. Gracias a una eficiente red de informadores, directivos y banqueros que tenía en su libro de registro, marcaba al sujeto en riesgo, hacía que le bloquearan el crédito y esperaba a que el hombre, desesperado, se metiese por su propio pie en la boca del lobo. Entonces se mostraba como el amigo comprensivo que sabe «hacerse cargo» de las «dificultades temporales». Daba con aparente generosidad, y no amenazaba con la hoguera, estupro y otros castigos tremendos. Pero si no respetabas los plazos, todo lo que en otro tiempo

fue tuyo pasaba a ser suyo.

Así las cosas, el Seco llevaba camino de convertirse en el hombre más rico de Roma.

El Seco escuchó al Libanés, consintió, metió la mano en un cajón, sacó un fajo de billetes de cien mil y los puso en una bolsa de plástico de supermercado.

—Son veinte. Dentro de un mes me traes treinta, y tan amigos.

Treinta por veinte. Una barbaridad. El Libanés intentó negociar a su modo.

—¿Estás seguro de haber hecho bien las cuentas, Seco?

—Serían cuarenta, en efecto, pero, como te ha presentado Nembo Kid, te he hecho descuento. Si no te parece bien, allí está la puerta.

—Y si dentro de un mes no lo tengo, ¿qué haces?, ¿me disparas?

—No —respondió el Seco con tranquilidad—, pero al mes siguiente serán cincuenta, y al siguiente, ochenta. Después me quedo con tu coche, tu casa y también la *roulotte*.

Giada le había explicado una vez que la

acumulación de capital es la clave de todo. Tenía razón. El Seco fanfarroneaba porque tenía el capital. Había acumulado. El Seco era un parásito. Al final, para él, el dinero; para los individuos que están en la calle, el riesgo.

No podía continuar así, no era justo. Las cosas tenían que cambiar. Por eso el Libanés debía convertirse en el rey de Roma.

—Está bien. Nos vemos dentro de un mes.

El Libanés cogió la bolsa. El Seco lo llamó cuando estaba ya en la puerta.

—Líbano, otra cosa...

—Si nos hemos dicho todo, me parece...

—No me interesa lo que vayas a hacer con la pasta, y no quiero saberlo. Tú y yo nunca nos hemos visto.

Esa misma tarde, al anochecer, el Libanés, Esmirriado, Dandi y Búfalo raptaron al comendador. La trampa fue fulminante, una obra maestra de organización. Todos iban cubiertos con pasamontañas y ninguno pronunció ni una palabra, porque el riesgo de que los reconocieran era muy alto. Llevaron al rehén, vendado y drogado, a casa

de Marisa *la Pechugona*. Y allí, exaltados y con la adrenalina disparada, se lanzaron de cabeza a una *amatriciana* exquisita que tenía el maravilloso sabor de una esperanza compartida y maldita.

Dieron señales de vida con una llamada telefónica desde una cabina pública. El Dandi se puso al aparato con una canica en la boca para deformar el acento; el mensaje, letra y música, del Libanés. Pidieron cuatro mil millones, dispuestos, en su fuero interno, a aceptar dos y medio, dos. Exigieron silencio y secreto, amenazando con terribles represalias. La respuesta de la mujer del comendador dejó helado al Dandi.

—La policía ya ha estado aquí.

El Dandi colgó de inmediato. Seguro que el teléfono estaba controlado. El Líbano lo mandó a la mierda.

—No debí hacerte caso. ¡Teníamos que haber llamado enseguida, anoche mismo!

—¡Ah, no! Tú también estabas de acuerdo en tenerlos una noche sin noticias. Así se asustaban y no se les ocurrían pensamientos extraños.

—No estaba de acuerdo, te di la razón porque

me habrías aburrido con tus lamentos. Pero tú ¿de dónde te sacas estas ideas, Dandi? ¿De las películas americanas?

—Venga, Líbano, dilo todo, este perfecto plan tuyo hace agua por todas partes. ¡Ni siquiera sabíamos por dónde empezar, salvo por los cuatro mil millones!

—¡Que te jodan, Dandi!

Pero no era el momento de discutir, había que resolver un secuestro, llevar adelante una negociación, y había que guardarse las espaldas. Había intervenido la pasma. La noticia ya había circulado, el Libanés se fue a tantear el terreno junto al directamente afectado.

Sandro estaba hundido. Sandro lloraba. Giada le cogía la mano. Los compañeros iban y venían, incapaces de comprenderlo. Cierto, pensó el Libanés, mientras en su máscara se pintaba una sonrisa solidaria, fraterna, una cosa es la teoría y otra la práctica, ¿verdad, jovencitos? El lumpenproletariado, bla, bla, bla; la revolución bla, bla, bla; la calle de todos, bla, bla, bla... Pero qué ironía, ¿eh? Disparaban palabras incendiarias

contra los policías, y ahora los convocaban como salvadores de la patria.

Sandro no aguantaba. Se echaba la culpa de todo. Había propuesto a la policía un intercambio de rehenes, cogedme a mí en su lugar, había gritado, y los que al principio le habían dejado hablar después lo apartaron educadamente y, como volvía a la carga, a veces lo zarandeaban. Eso, Sandro en el escondite, ¡lo que faltaba! Se había decidido que siempre respondiese al teléfono la madre. Convencieron a Sandro, que en su casa no era más que un estorbo, de que se quedara al margen del asunto.

El Libanés, hermano sabio y comprensivo, se ofreció a hacer alguna indagación en «su ambiente», que no precisó más. Giada lo miró con los ojos brillantes. Sandro lo besó en las mejillas.

—Pero no le habléis de mí a la policía —puntualizó—, no querría que se les ocurrieran ideas extrañas.

Giada se lo prometió, y el Líbano habría puesto la mano en el fuego por ella. Sandro volvió a la carga. No podía creerlo. ¿Qué hacer? Hasta la

noche anterior lo quería muerto, aquel padre infame, y ahora...

El Libanés se tomó veinticuatro horas «para hacer algunas preguntas».

Entre tanto, Marisa tenía al comendador a pasta y filetes; el Búfalo y el Esmirriado se turnaban en la vigilancia, y el Dandi hacía las llamadas, siempre desde distintas cabinas públicas y siempre cambiando la voz.

Cuando volvió de «su investigación», el Libanés comunicó a Sandro y a Giada que, según sus fuentes, los autores del secuestro eran gente de fuera, quizá sardos, quizá calabreses.

—Mi madre dice que el que llama es romano —intervino Sandro.

—Si es gente del oficio, saben cómo fingir un acento.

Sandro asintió. Aquel muchacho tenía mucha confianza en él. El Libanés sudó frío. Se había salvado por los pelos, pero el Dandi era un chapucero. Se había dejado pillar a las primeras de cambio. En adelante, nada de llamadas, solo cartas.

Ahora tenía que hablar con Sandro. El chico le preocupaba. En su estado era capaz de todo. Incluso de una locura. Quizá de meterse un chute de más y acabar criando malvas. El Libanés no quería muertos, el Libanés quería dinero. Y para conseguirlo, necesitaba a Sandro. Aprovechó un momento de distracción de Giada y le pasó un porro. La droga hizo su efecto, las aguas se calmaron y, al fin, pudieron volver al asunto.

—Ven, vamos a dar un paseo, te vendrá bien.

Giada insistió en seguirlos.

El Libanés se los llevó a Ostia. Sandro se puso a jugar con la arena.

—Mira el mar, olvídate de los malos pensamientos.

Sandro metió la cabeza entre las manos.

—¿Y si lo matan?

—¿Por qué iban a hacerlo?

—¡Porque son unos salvajes! —gritó Giada.

El Libanés sonrió.

—En mi opinión, solo son profesionales. Es la ley de la calle —susurró mirando a Giada—. A esos solo les interesa el dinero. Verás cómo lo

tratan bien y vuelve a casa. Más bien...

—¿Más bien?

—¿Cuánto han pedido?

—Cuatro.

—¡Joder! ¿Y tu padre tiene tanto dinero?

—No lo sé, creo...

—¿Y tu madre qué dice?

—Mi madre hace como que sabe, pero no entiende nada.

—Bueno, a lo mejor se conforman con dos y medio o dos... Pero tú, Sandro... ¿De qué te sirve llorar? Deberías coger las riendas de la situación.

—Yo..., ¡yo no sabría, Líbano! Yo...

El Libanés le cogió por los hombros. Su tono se hizo al mismo tiempo resuelto y persuasivo.

—Te voy a contar una historia, Sandro. Una vez, tendría yo diez u once años, me mandaron a una colonia precisamente aquí, a Ostia...

—¿Colonia?

El Libanés soltó un bufido. Realmente eran de dos mundos completamente distintos. Pero paciencia. La comedia aún no había terminado.

—Una colonia es adonde mandan a los niños

pobres, los que no pueden pagarse las vacaciones.

—Lo siento, Líbano.

—Te acostumbras y no está mal. En resumen, éramos un centenar de críos. Y había uno algo mayor, Enrico creo que se llamaba: prepotente, gordo, pegón. La tenía tomada conmigo. Cada vez que nos encontrábamos se burlaba de mí. Y si intentaba oponerme, me machacaba a golpes.

—¡Es tremendo!

—Espera, espera. Yo decidí aguantar y recibí tantos golpes, pero tantos y tantas veces, que al final aquello no tenía sentido. Pero como te pego y te caes, te levantas, siempre con la sonrisa en los labios, y te vuelvo a pegar y tú te vuelves a caer y te vuelves a levantar, y te pego otra vez, y tú caes otra vez y así sucesivamente... Al final abre los brazos, viene a mi encuentro, me ayuda a levantarme, me tiende la mano y con una amplia sonrisa me dice: ¿amigos?

—¿Y tú?

—Pues yo digo: amigos, y en el momento en que ese tipo se siente totalmente tranquilo le ataco con la cabeza, aquí, derecho a la nariz... Cuando

se da un cabezazo, y se da bien, la nariz se rompe, Sandro, y hace un daño de mil demonios...

—¿Y después?

—Después, tras la nariz, las pelotas, y después de las pelotas, patadas, y después de las patadas, te sientas encima de él a horcajadas y le das puñetazos, hasta que finalmente alguien te coge desde atrás y te castiga. Pero, mientras tanto, el que te daba tanto miedo está en el suelo, cubierto de lágrimas y mocos, y tú has ganado lo más importante de la vida.

—¿Qué es?

—El respeto, Sandro, el respeto.

Acompañaron a Sandro. Giada subió con él. El Libanés prefirió esperarlos en el coche. No era cosa de exagerar. Giada volvió sola. Sandro se había impuesto. En adelante llevaría él la negociación. Había ordenado al contable que se ocupaba de los libros de su padre que se los llevara. Giada estaba como si la hubiese besado en la frente un rayo de sol enviado directamente por los dioses.

Y precisamente, en aquel momento, el Libanés

se sentía como un dios.

*D*urante una semana, el Dandi compuso cartas con letras recortadas de los periódicos. La petición inicial había bajado a dos mil millones. El rehén no se quejaba demasiado. Esmirriado y Búfalo se jugaban patrimonios imaginarios a la carta más alta. Esmirriado ganaba siempre: otro campeón de las partidas amistosas. El Libanés representaba con diligencia sus distintos papeles. Era el amante de Giada, el fraternal consejero de Sandro, el organizador del secuestro, el capo de Yamesbón y del Marruecos, que todas las noches le llevaban algo de calderilla.

Pero la negociación avanzaba con demasiada lentitud. Sandro le había dicho que había algo extraño en las cuentas del padre. El Libanés trataba de meterle prisa con disimulo.

Una mañana, en el bar de Franco, se presentó Nembo Kid.

—Pasquale *el Milagro* me ha preguntado por

ti.

—Dile que estoy bien.

—A lo mejor le gustaría que se lo dijese en persona.

—Me pasaré un día de estos.

Nembo Kid se encendió un cigarrillo.

—¿Tú no sabes nada del secuestro?

—¿Qué secuestro?

—Ese del que hablan todos los periódicos.

—¡Ah!, el comendador... No nada. ¿No era cosa de los sardos?

—¿Eso crees?

No le había gustado nada la mirada maliciosa que Nembo Kid le había lanzado mientras se daban la mano.

Una semana después, Sandro le dijo que las cuentas de su padre eran un desastre. Una serie de movimientos especulativos equivocados lo habían arruinado. Las propiedades estaban hipotecadas; los pagos, congelados. Como si no fuese bastante, un nuevo fiscal que se había incorporado a la investigación había dispuesto el bloqueo de bienes.

—Fea historia.

—¿Qué debo hacer, Líbano? Aconséjame.

—¿Cuánto conseguirías reunir en efectivo?

—Ciento cincuenta..., quizá doscientos.

El Libanés se dio cuenta de que su glorioso castillo de esperanzas se desmoronaba.

—¿Se lo has comunicado?

—¿A los secuestradores? Todavía no. Tengo miedo de que..., que hagan alguna cosa terrible.

—Juega con las cartas sobre la mesa, Sandro, hazme caso, es mejor. Diles cómo están las cosas... y esperemos.

—¿*D*oscientos?

—¿Después de todo este esfuerzo?

—Vamos, Líbano, ¡no nos toques las pelotas!

El Dandi, el Búfalo y el Esmirriado no conseguían entenderlo. El Libanés tenía la moral por los suelos. Se sentía humillado. Los había traicionado. También él había sido traicionado. Pero ¿a quién culpar sino a sí mismo? Tendría que haber estudiado mejor el golpe. Se había comportado como un maldito aficionado. Encajó las risitas del Dandi, ¿cómo decías de aquella otra historia, Líbano? Es una improvisación... Y claro, tú, en cambio...

El Libanés dejó que se desfogaran. Tenían todo el derecho.

El Búfalo puso en duda las informaciones de Sandro.

—Los ricos siempre dicen mentiras, Líbano. Yo creo que al menos mil millones consiguen

reunirlos.

El Esmirriado estaba de acuerdo. Pero, dijo, quizá se necesitaba un elemento de presión, algo para meterles miedo.

El Búfalo propuso cortarle una oreja al comendador y hacérsela llegar al buzón de las cartas.

El Dandi estaba perplejo. La idea de relanzar el asunto no le parecía mal en sí misma, pero cortarle una oreja a alguien significaba infligirle una herida. Las heridas hay que curarlas, hacen falta medicinas, enfermeras, más dinero.

—Enfermera ya tenemos —insistió el Búfalo —, Marisa.

El Dandi soltó una carcajada.

—¿Qué? ¿Ahora a las golfas las llamamos enfermeras, Búfalo?

El Búfalo insistió.

—Te estás poniendo trágico, Dandi. ¿Quién ha dicho que tiene que enfermarse? Los sardos siempre les cortan las orejas a los secuestrados.

—Si es por eso, los de la Ciociaria se los dan de comida a los cerdos —rebatió Dandi, seráfico

—, y mira cómo han terminado: todos dentro, y todos con perpetua... Yo no me arriesgaría a una perpetua por doscientos millones, Búfalo.

El Esmirriado se alineó con el Dandi. El Búfalo siguió argumentando. Todos querían más, pero ninguno sabía cómo conseguirlo. En cierto momento, cuando el ambiente se había calentado y estaban a punto de llegar a las manos, el Libanés dijo basta.

Habló poco y claro. Solo había una posibilidad: aceptar los doscientos millones. Organizar el intercambio y coger al vuelo aquel escaso y maldito dinero, y rápido. El secuestro se había alargado ya demasiado. Marisa *la Pechugona* no era el colmo de la fiabilidad. La pasma estaba enfurecida. Nembo Kid sospechaba algo. Cada día que pasaba había más riesgo de que el cerco se cerrara en torno a ellos, el peligro aumentaba. Así estaban las cosas. No se podía aspirar a más. La alternativa era encontrarse con las manos vacías y veinte años de cárcel a la espalda. Poco a poco, todas las objeciones cedieron ante su lógica convincente. El Dandi

compuso la última carta. El Libanés estudió un recorrido de obstáculos para evitar que el cobro se convirtiese en una trampa.

Dos días después, al hacerse de noche, Sandro depositó dos bolsas de deporte en un lugar convenido en el corazón de los terrenos del Casilino. Fiel a las instrucciones recibidas, el muchacho dio tres destellos con los faros y se volvió a casa, a esperar la buena nueva. El Libanés salió de las sombras, alejó a una pareja de maricas demasiado curiosos, cogió las bolsas, controló que todo estuviera en su sitio.

Hacia la medianoche, un hombre de mediana edad en chándal y con aspecto alucinado paró a una patrulla en la zona de Torraccio di Torrenova.

El comendador fue devuelto a la familia, en buenas condiciones, si acaso algo más gordo debido a la sabia cocina de Marisa *la Pechugona*.

El Libanés devolvió los cuarenta millones al Seco y pagó los víveres.

A la hora de repartir con los colegas, el Libanés volvió sobre la cuestión de la caja común. El Dandi, el Búfalo y el Esmirriado estaban

incómodos.

—El camorrista dijo trescientos, Líbano. Nosotros no tenemos ni la mitad.

—Yo tengo que arreglar un asunto con los calabreses de Tor Marancia...

—La casa de mi madre se está cayendo a pedazos. Le había prometido hacer algunas reparaciones...

El Libanés los comprendía. Eran su gente, sus hermanos, pero eran también chicos de la calle. Todo y rápido era su ley. El Libanés los comprendía, pero no podía resignarse. Él miraba más allá.

—Dadme una semana.

—¿Y qué harás?

—¿Me dais o no una semana?

Precisamente porque era él, precisamente porque era el Libanés, al fin cedieron.

El Libanés robó una moto, después otra. Buscaba un banco, uno adecuado. Pensaba en un atraco.

Al Libanés no le gustaban los atracos. El atraco es un delito que parece fácil, porque puede

hacerte rico en cinco minutos, pero es un juego jodido, porque cada atraco es una historia diferente, una historia imprevisible. Hay demasiados aficionados y demasiados aspirantes a héroes. Te arriesgas a que te caigan diez años por un montón de papel mojado. Y casi nunca el juego vale el riesgo. Por eso, el Líbano se había dedicado a la custodia de armas. El golpe en casa de Marisa *la Pechugona* no podía definirse como atraco en sentido técnico, no exactamente. Era una recuperación, por así decirlo. Atraco es cuando entras en el banco y tienes la bala en la recámara, porque nunca se sabe.

Pero aquel atraco había que llevarlo a cabo.

Comenzó a recorrer la provincia, ampliando los círculos cada vez más lejos de la Roma sórdida donde la policía está ojo avizor y, de repente, te puede caer encima una patrulla de halcones de la móvil.

Se fijó en un pueblecillo cerca de Viterbo. Un lugar donde todos, desde el asno al único carabinero, todos parecían eternamente adormilados.

El Libanés estudió, examinó, ponderó y, por fin, cuando terminaba el séptimo día, él y sus colegas actuaron.

—Todos quietos y callados, soltad la pasta y no os pasará nada.

No era exactamente el «arriba las manos, esto es un atraco» del cine, pero se aproximaba bastante.

Entraron tres; el Líbano, el Esmirriado y el Dandi. El Búfalo estaba al volante de un taxi con muchos distintivos. Lo habían cogido en la Cassia, pasada la avenida de Francia. Una intuición del Dandi, su toque de distinción.

—Bueno, ¿os movéis o qué?

Había un empleado pequeño, con aspecto de hurón, una señora gorda que se desmayó y una guardia de seguridad que se quitó la pistolera sin que se lo hubieran pedido siquiera.

El Esmirriado agitaba la bolsa de lona, el Dandi patrullaba pistola en mano. Y el Libanés...

El Libanés comprendió que algo no iba bien cuando el hurón se llevó la mano a la cartera.

—¡Esos no, idiota! ¡Qué voy a hacer con esos!

¡Los del banco!

—No hay —dijo el hombrecillo.

—¿Cómo que no hay?

—Hace una hora ha pasado el furgón y se ha llevado la caja de la semana. Es viernes por la mañana, aquí lo hacemos así.

El Dandi y el Esmirriado lo miraron. La carcajada estaba en el aire.

El Libanés se sentía furioso. Podía soportar que le pegaran un balazo, pasar el resto de su vida como un prófugo, incluso encontrarse cara a cara con Belcebú, pero verse dentro de una comedia no.

Saltó por encima del mostrador, sujetó al hombre por el cogote y le puso la pistola en la frente.

—Es broma, ¿no? Dime que es una broma.

—¡Es verdad! No hay dinero.

El tipo abrió un cajón, después otros, y otro más. Los escasos billetes arrojados al fondo parecían lanzar risotadas sarcásticas al Libanés. ¿Cuánto habrá? ¿Veinte mil liras en total? ¿Bastarían para pagar la gasolina hasta Roma?

La mujer gorda se recuperó, vio la situación y se desmayó otra vez.

La guardia jurada estaba tranquilamente contra una pared; el Esmirriado la vigilaba.

El Libanés se sintió invadido por la ira. Alguien tendría que pagar por el sueño que se hacía añicos, por el fracaso, por el sentido del ridículo que se insinuaba en sus colegas, porque no había dinero, porque el mundo era un tiovivo sin sentido, porque los dioses seguían siendo dioses, y los pobres, pobres.

Fuera por lo que fuera, alguien tenía que pagar por ello.

Se necesitaba «el muerto». Quizás entonces se aplacara su furor.

El Libanés miró a los ojos al hurón. Quitó el seguro lentamente.

—¿Qué cojones haces? ¡Vámonos! ¡Llevamos aquí demasiado tiempo!

—Vamos, ¡no la cagues!

Los colegas habían intuido. Los colegas estaban alarmados. El Libanés había llegado al punto de no retorno. El hombrecillo sorbió,

después estalló en un llanto irrefrenable.

El Libanés lo golpeó con la culata del arma. Vio la primera sangre. Volvió a golpearlo. El hombre se protegió la cabeza con las manos.

—¡Basta, por piedad! —suplicó.

—¡Basta!—gritó el Dandi.

—¡Basta!—rogó el Esmirriado.

El Libanés cerró los ojos. Poco a poco volvió en sí. Sí, basta. ¿Qué le había pasado? ¿Quería demostrar algo? ¿Qué? ¿Que era capaz de todo? Pero eso ya lo sabía. La verdad es que había perdido la cabeza. Disparar a aquel desgraciado era un sinsentido, algo de descontrolados. No del Libanés.

—Sí, vamos, vamos...

Más tarde, cuando le contaron lo que había pasado, el Búfalo soltó la carcajada.

—¡Toma ya, Líbano! ¡Y me habíais dejado de conductor porque este dice que el chalado soy yo!

El Dandi y el Esmirriado le hicieron callar de inmediato: la impresión de la escena estaba todavía muy viva dentro de ellos. El Libanés fuera de sí era una novedad. Y daba miedo.

Pero el Libanés había vuelto a poner los pies en la tierra y, por eso, le dejó decir e, incluso, se unió a las risas.

En Roma, después de haberse desembarazado del taxi, se fue cada uno por su camino.

El Libanés había tratado de convencerlos de trabajar para el futuro. Lo había intentado y había fracasado. La maldita acumulación había fallado. Los muchachos le apreciaban, pero aún le apreciarían más si los famosos miles de millones del comendador no se hubieran volatilizado, si el atraco hubiese llegado a buen término, si, si...

Habían trabajado duro, las cosas como son. Se lo habían merecido. En lo referente a los sueños: cerrado por obras, vuelvan mañana.

—Está bien, de momento todos a casa. Nos vemos pronto.

Y, pese a todo, el balance estaba abierto.

El Libanés había recibido una lección. El peligro, a diferencia de lo que siempre había creído, no venía solo de fuera, de los maderos, de la calle, de la miseria. No. El peligro, el verdadero, salía de dentro de él.

De su alma dañada.

En resumen, era una lección saludable. Y, ¿por qué no?, agradable.

Unos terroristas de izquierda habían atracado un banco en Gaeta. Durante la fuga atropellaron y mataron a un transeúnte ajeno al caso. Se desató una caza al hombre a lo grande. La vía Pontina y las calles adyacentes eran un único e ininterrumpido puesto de control. El Libanés dejó pasar un par de días y después cogió el tren a Formia. La saca del dinero le quemaba el hombro. ¿Cómo se lo tomaría Pasquale *el Milagro*? Hasta entonces había mostrado cierta simpatía, pero los negocios no se hacen con la simpatía. Le debía una visita. ¡Y qué visita! Un acto de sumisión.

Y le corroía por dentro.

Pero Pasquale *el Milagro* no estaba en su preciosa casa de Formia. El palacete estaba cerrado y atrancado, y el Libanés no sabía a quién preguntar. Y no era prudente hacer demasiadas preguntas. Se puso a andar por el pueblo, tratando de llamar la atención lo menos posible.

Y al fin, cuando ya había perdido la esperanza y se preparaba para regresar a Roma en el último tren de la noche (el triste carro de bueyes de los que se desplazaban todos los días para trabajar, que eran como la imagen de su fracaso), ante un restaurante de mil luces a orillas del mar, se perfiló la silueta del inconfundible Maserati Bora.

El Libanés miró por la ventana. Pasquale cenaba solo. Ante él, un cubo para el hielo y un plato gigantesco lleno de ostras. Cogió aire y entró. ¡Y traguémonos este sapo, Líbano!

El camorrista lo recibió con una calurosa sonrisa y lo invitó a unirse a él.

—Tengo malas noticias, Pasquà.

—Lo sé, lo sé, lo sé todo, ha corrido el rumor... ¿Cuánto has traído?

—Treinta y cinco.

—Con treinta y cinco no te puedo meter en el negocio del barco: es demasiado poco. Pero podemos hacer una cosa: yo te ayudo con un poco de mercancía de la buena, tú la colocas y después repartimos *fifty-fifty*...

—Eso ya es algo.

—No hay ni que decirlo.

El Libanés se relajó. Había hecho lo correcto. Había salvado la cara, Pasquale había apreciado el gesto, él seguía siendo un subordinado, pero, en todo caso, la máquina volvía a ponerse en movimiento. No veía la hora de coger la droga de la que le había hablado el don y volver a casa.

Pero Pasquale no tenía ninguna intención de soltarlo. No le parecía verdad tener a su disposición a un público que lo adoraba. Pidió otra docena de ostras, llenó de Fiano di Avellino la copa del Libanés y comenzó a alardear de sus últimas empresas. Se había cargado a dos hombres de la familia de Vattelappesca, uno estrangulado con sus propias manos y quemado después como carroña. Acabadas las copas. La guerra contra las familias estaba prácticamente ganada. El Profesor era el dueño de Nápoles y de media Campania. Otra copa y otra ostra. El anillo que llevaba en el dedo, diamantes, muchacho, diamantes purísimos, se lo había regalado el joyero, hágale un regalo a doña Amalia, don Pasquà, y sí que había ido con el dinero en mano para pagar, pero cuando es

justo, es justo, el joyero ha reconocido la autoridad, quiere decir que la próxima vez le haremos un descuento sobre la «puesta a punto».

El Libanés se tragó toda la copla simulando la debida admiración. Después Pasquale pagó la cuenta —«esta no es todavía mi casa, muchacho, aquí hay que respetar la buena educación»—, dejó una propina exagerada y salieron juntos del local.

—¿Te acompaño al coche, Libanés?

—He venido en tren.

—Por los puestos de control, ¿no? Has hecho bien. ¡Estos tocapelotas de comunistas! Pero en Nápoles no ponen el pie, puedes estar seguro. En Nápoles mandamos nosotros. Vaya, pero tú has perdido el tren... Quiere decir que esta noche eres mi invitado.

¡Solo le faltaba eso! Pero había que seguir poniendo buena cara.

El Libanés subió con un suspiro al Maserati y se resignó a aquella nueva jodienda.

En la casa de Pasquale esperaban Ciccillo y Maurizio.

—¿Y esta novedad?

—Ciro ha encontrado al infame.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Dónde está?

—Donde siempre.

Pasquale le arreó un puñetazo festivo al Libanés.

—Muchacho, se ve que es el destino. Ven, este muerto no te lo quita nadie.

Un campo negro los rodeaba. Los camorristas reían, saboreando de antemano el asesinato. El Libanés se mantenía mudo y malhumorado. Pensaba en el destino, pensaba que el «después» ya no sería jamás igual al «antes». Pensaba en el Descarnado. En la parte de la historia que se había cuidado mucho de contarle a Giada.

Poco antes de morir, el Descarnado se lo había llevado al cementerio del Verano. Había dejado una flor sobre la lápida del hombre al que, años antes, había borrado de este mundo por un asunto de mujeres: «Chico, he comprendido una cosa: he comprendido que a ti te gusta la vida de la calle. Y también a mí me gustaba cuando tenía tus años. ¿Y

ves a lo que me he reducido? Tú eres joven y tienes tiempo... Pero un día te darás cuenta de que el tiempo está pasando, y entonces contarán las elecciones que hayas hecho. Y procura hacer la elección justa... Y hazme caso, la mía ha sido la equivocada».

Sí, el Descarnado tenía razón, y Pasquale estaba equivocado. No existe el destino, existen solo las elecciones. Y el Libanés, de la que estaba a punto de realizarse, tenía un poco de miedo, y la deseaba mucho.

Llegaron a las ruinas de los alrededores de Sessa Aurunca. Pasquale y los muchachos bajaron del coche. El camorrista miró alrededor.

—¡Ciro! ¡Ciro, ya estamos aquí! ¿Ciro?

De la ruina surgió una sombra.

—¡Tío!

—¡Ciro! ¿Qué?

Ciro se acercó a su tío. Mostraba una amplia sonrisa y llevaba una pistola en la mano. La levantó un poco y disparó. En medio de la frente de Pasquale se abrió un agujero. Ciccillo y Maurizio se quedaron estupefactos. Giro disparó

primero a uno y luego al otro. Después dirigió el arma hacia el Libanés.

Pero el Libanés ya no estaba allí. Se abalanzó sobre Ciro con un grito animal, le dio un cabezazo en mitad del pecho. Ciro perdió el equilibrio. El Libanés se le echó encima. Continuó golpeándole hasta que el otro dejó de oponer resistencia. Le quitó el arma y la arrojó a la maleza. Miró alrededor. Ciro jadeaba. Los tres camorristas yacían con los ojos abiertos. Rebuscó en el cadáver de Pasquale y cogió las llaves del Maserati. Ciro se estaba incorporando. Le asestó otro par de golpes y se puso en camino sin mirar atrás.

Casi amanecía cuando dejó el Maserati en la zona del hospital de San Eugenio. Y en ese momento se dio cuenta de que, en el asiento posterior, estaba la saca con el dinero.

Entonces se echó a reír, a reír como un loco.

Todavía estás aquí, Libanés. Todavía estás aquí, y «el muerto», bah, otra vez será.

El Rey de Picas aún estaría abierto. Con un poco de suerte, podría sentarse en la mesa buena.

Multiplicaría el capital. La vida volvía a empezar.

Porque la vida es o todo o nada, Líbano.

XXVIII

Desde la terraza de Giada, el Libanés contemplaba las luces oscilantes de Roma. La ciudad que quería hacer suya se ofrecía a su perpleja mirada. Roma no quería rendirse. Roma lo rechazaba. El Libanés se había aletargado. En el Rey de Picas lo había perdido todo en un par de manos. El póquer le había traicionado una vez más. Así es que, adelante, ¡a comenzar de nuevo! La custodia de las armas..., la droga para el Artista... Había vuelto al pequeño delincuente de medio pelo. Quizá nunca había sido nada diferente. Quizás era el momento de dejarlo todo de verdad.

Pero había que decidirse, eso sí. O dentro o fuera.

Sobre las tejas inclinadas, medio metro por debajo de él, una gaviota vigilaba los pasos inseguros de su polluelo. Blanco espectro contra el horizonte, apareció el macho aleteando, amenazador. El Líbano retrocedió por instinto. ¡No

voy a tocar a tu hembra, señor gaviota! ¡Pero mira qué sitio ha ido a elegir esta para el nido! Muchos años antes, cuando era todavía un crío, se divertían disparando a las gaviotas con la carabina del calibre 4. Cada vez que abatían alguna lo celebraban, como si hubieran limpiado a los que estaban cargados de droga o hubieran zurrado a un infame. Chiquilladas.

—¿No te parece muy tierna?

Giada se había atado una toalla alrededor de la cintura. Él le acarició los pechos, pequeños, cabían los dos en una sola mano.

—Es un milagro de la naturaleza, Líbano — continuó ella—, tanto amor, tanta dedicación, y luego, en cuanto el pequeño aprende a volar, se va... No volverá a ver a su padre y a su madre. Tengo frío. Entro.

—Voy dentro de dos minutos, no tengo sueño.

—¿Estás nervioso?

—Nada, enseguida se me pasa.

—Eh, las gaviotas, Líbano, las gaviotas...

Giada había cambiado. Tras el secuestro del comendador, había terminado con los porros y con

el *movimento*. Estaba estudiando otra vez. Hablaba del futuro. A veces se conmovía por nimiedades, como la gaviota. Palabras como familia e hijos habían ocupado el puesto de la revolución. Le había ofrecido un trabajo.

¿Un trabajo? ¿A mí? ¿Al Libanés?

Se imaginó de allí a unos años. Unos años de vida con Giada. Se vio en el sofá, mal afeitado, más gordo, con tres niños corriendo entre sus piernas, y Giada, Giada gorda, con zapatillas y gafas..., un domingo por la tarde, viendo todos a Corrado y Dora Moroni, con un oído atento al transistor que transmite *Tutto il calcio*, para saber qué hace esta mágica Roma que siempre te desespera...

Una vida así, y los sueños y la calle durmiendo.

Una vida así, y todo lo demás es fastidio.

Entró en casa. Giada dormía. Un rizo rebelde se agitaba al ritmo de su respiración regular.

Es el momento de decidir, Líbano.

Una vida así...

De repente se sintió prisionero.

Giada había tejido a su alrededor una telaraña mortal.

Una telaraña de pasión. De perdición.

Tenía que irse de allí, y rápido.

Mejor morir en la calle que en el sofá.

Reaccionó en la primera ocasión. El Dandi y él lo hicieron todo con la máxima calma. Giada estaba fuera de Roma una semana. Iba con su padre a un viaje de negocios. Después de todo aquel odio, habían hecho las paces.

«Querría presentártelo, Líbano. Podría echarte una mano.»

«En otra ocasión, gracias.»

«¿No estarás pensando dejarme, verdad?»

«Ven aquí, tonta, dame un beso.»

Los dioses volvían al Olimpo y le ofrecían una entrada. Pero por la puerta de servicio. No, eso no.

—He terminado, Líbano.

El Dandi mostraba el último hallazgo: una cajita llena de anillos, perlas y pulseras. El Líbano sopesó la pulsera con piezas de jade y sacudió la cabeza.

—Esta me la quedo yo.

—Que te aproveche.

—Vámonos. Ya no tenemos nada que hacer aquí dentro.

—¡Oh! Pero ¿estás seguro de que no nos va a denunciar tu amiguita?

—No lo hará, Dandi.

—No, no lo haré, Dandi...

Giada cerró la puerta tras ella y se dirigió hacia los dos colegas.

El Dandi se puso tenso.

—Líbano, ¿y esta cuándo ha llegado? Habías dicho que...

—Tranquilo. Llévate las cosas donde sabes. Nos vemos después.

—Líbano, yo creo que...

—Déjanos solos, por favor, Dandi.

El Dandi levantó el campamento.

El Libanés se perdió en aquella preciosa boca que había besado mil veces. El pliegue amargo de su sonrisa le dolió en el alma.

—Te quería.

—Y también yo, qué te crees, Giada.

—Confiaba en ti.

—Y en eso tenía razón mi madre. ¿Qué te dijo la vieja? Déjalo estar.

—Podíamos hacer muchas cosas juntos.

—¡Sí, cómo no! ¿Tú y yo? Todavía no te ha hecho la calle «buu» y ya has vuelto a los brazos de papáito. Déjalo ya, vamos.

—¿Por qué me haces esto? ¿Es por las cosas? Podías pedir las, podías llevártelo todo... ¿Por qué?

—Es inútil. No hay nada que explicar. Te he dejado el disco de *Lella*. Ah, y... esto.

El Libanés buscó en el bolsillo y le tendió la pulsera de jade.

Ella le volvió la espalda y se encerró con llave en el baño.

El Libanés admiró su estilo. Una mujer de su mundo habría echado rayos y centellas, le habría arañado la cara con las uñas, le habría amenazado con matarse. ¡Ah, Giada, Giada...!

Mejor, el joyero. Podía conseguir una millonada, si el Angelito estaba de buenas.

Un rayo de amargura lo atravesó. Como el

pinchazo de un alfiler. Pero pronto decidió que Giada pertenecía al pasado y, encogiéndose de hombros, se liberó para siempre de su recuerdo.

El alba lo sorprendió paseando por las orillas del Tíber, con las manos en los bolsillos de la cazadora y un cigarrillo entre los dientes. Pensaba en el futuro. Pensaba en el Turco, el que se había enamorado del Esmirriado, y pensaba en quien le daba trabajo, el barón Rosellini.

¿Cuánto podía valer uno así? ¿Mil millones, cinco, diez?

Valía la pena probar, ¿no?

Otros títulos que te gustarán



GIANCARLO
DE CATALDO

UNA NOVELA CRIMINAL

rocaolsillo | criminal

UNA NOVELA CRIMINAL

de Giancarlo De Cataldo

Una organización naciente, despiadada y sanguinaria trata de conquistar el cielo desde la periferia. Tres héroes jóvenes malditos, con un sueño ingenuo y terrible. Un policía tozudo, un coro de criminales, jugadores de azar, criminólogos, periodistas, jueces, cantantes, mafiosos, junto a elementos desviados del poder y terroristas fascistas. Y el burdel más exclusivo de la ciudad. Una novela épica de extraordinaria fuerza, el corazón oculto de la historia de Italia al desnudo.



LOS TRAIADORES

GIANCARLO DE CATALDO

Personajes históricos se entremezclan con aquellos inventados —mafiosos, artistas, idealistas, espías— para componer un fresco inolvidable del periodo más apasionante de la historia italiana reciente: *il Risorgimento*.



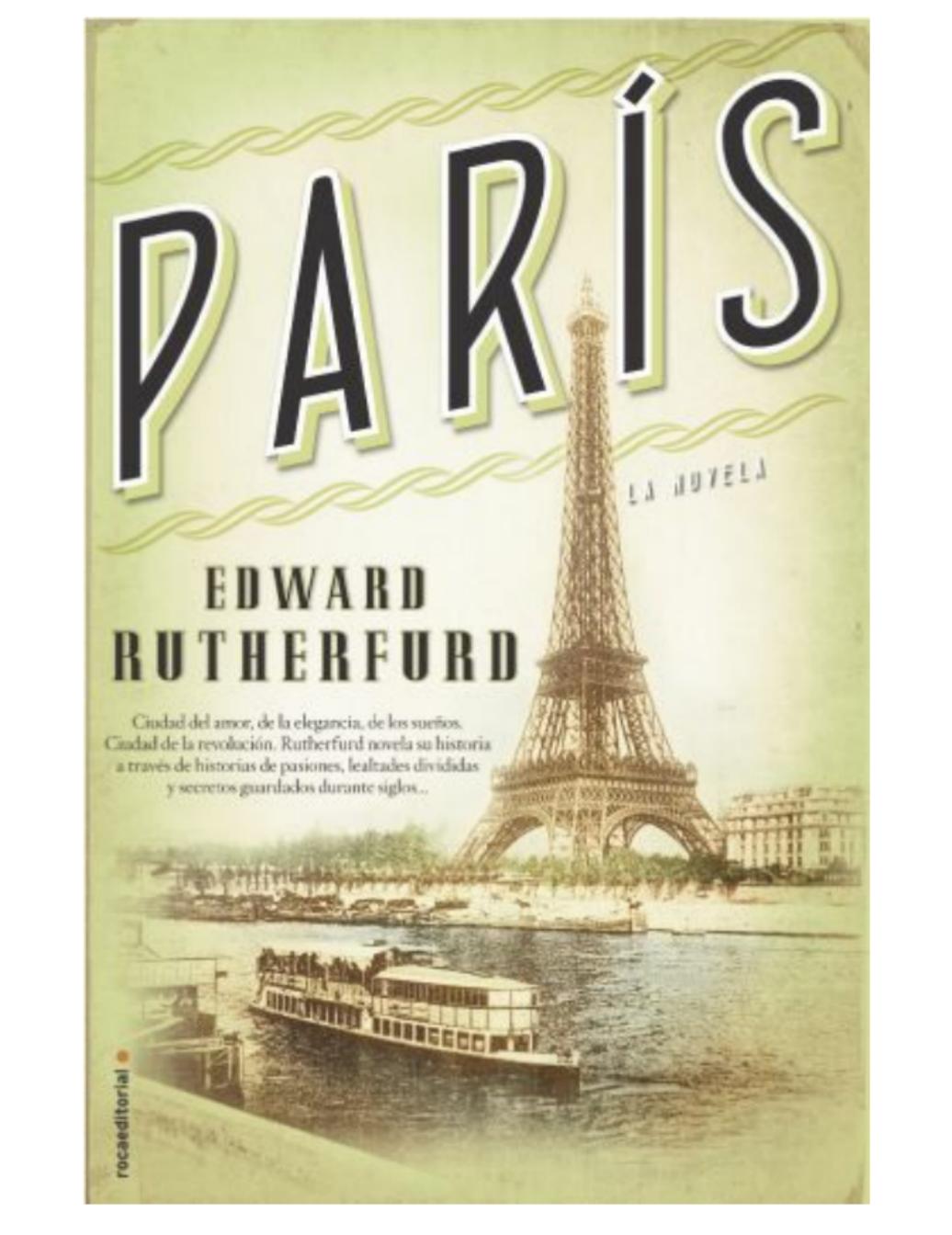
LOS TRAIADORES

de Giancarlo De Cataldo

Calabria, 1844. Lorenzo di Vallelaura, un joven aristócrata, es capturado por participar en un levantamiento contra la monarquía de los Borbones. Ante él se presenta una deshonrosa disyuntiva: morir o salvar la vida a cambio de cometer traición.

El amor, el sexo, el espionaje y los ideales, la política y el crimen se dibujan con precisión en este fresco literario escrito por uno de los mejores autores italianos contemporáneos.

PARÍS

A vintage-style illustration of Paris, France. The Eiffel Tower is the central focus, standing on the banks of a river. In the foreground, a large, multi-decked boat is on the water. The background shows Parisian buildings and trees. The overall color palette is muted, with greens, browns, and greys.

LA NOVELA

**EDWARD
RUTHERFORD**

Ciudad del amor, de la elegancia, de los sueños.
Ciudad de la revolución. Rutherford novela su historia
a través de historias de pasiones, lealtades divididas
y secretos guardados durante siglos...

PARÍS

de Edward Rutherford

Edward Rutherford ha encandilado a millones de lectores con sus fabulosas narraciones sobre generaciones distintas de habitantes de ciudades míticas. En esta ocasión ha escogido la más magnífica de todas: París.

París se desarrolla a través de las historias de pasiones, lealtades divididas y secretos guardados durante años de personajes tanto ficticios como reales, con el escenario de esta gloriosa ciudad como fondo.

JOHN VERDON

DEL AUTOR DE SÉ LO QUE ESTÁS PENSANDO



NO CONFÍES EN PETER PAN

de John Verdon

Han pasado cuatro meses desde que David Gurney resolvió el caso del Buen Pastor. Ahora, Gurney se encuentra enfrentándose a un fiscal sin escrúpulos, un detective completamente corrupto, un jefe mafioso extrañamente amable y un famoso criminal griego, Petros Panikos, *Peter Pan*, un hombre menudo que esconde un insaciable apetito por el asesinato. Todo por alguien que, después de todo, puede que sea realmente culpable...

1. Hotel Roma es el nombre que recibe la cárcel de Rebibbia en la jerga de los delincuentes. (*N. de la T.*)

2. Comienzo de *Lella*, canción del cantautor romano Edoardo de Angelis, muy popular en los años en que se desarrolla la acción de la novela: «Te acuerdas de Lella, aquella rica, la mujer de Proietti, el corbatero...». (*N. de la T.*)

3. El movimiento del '77 fue un grupo espontáneo que empezó a fraguarse en Italia a comienzos de los años setenta y que alcanzó su mayor repercusión en 1977. Ligado a los grupos de la izquierda extraparlamentaria, sobre todo universitarios, rechazaba el sistema de partidos y sindicatos, pero también los movimientos políticos tal como eran entonces, y proponía nuevos objetivos (universidad para todos, feminismo...). (*N. de la T.*)

4. Giada, el nombre de la protagonista, significa «jade» en italiano. (*N. de la T.*)